



Alfredo Armas Alfonso

EL OSARIO DE DIOS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Alfredo Armas Alfonzo Escritor, periodista y editor nacido en Clarines, Anzoátegui, en 1921. Colaboró en varios diarios y revistas como *El País*, *El Nacional*, *Élite* y *El Heraldito*. Fundó la revista *Figuras* y dirigió las publicaciones *Nosotros* y *El Farol*. Premio Nacional de Literatura en 1970. En la década de 1960, fue director de Cultura de la Universidad de Oriente; en 1970, vicepresidente del Inciba, y en 1980 dirigió la editorial Equinoccio, de la Universidad Simón Bolívar. Entre sus obras se destacan *Los cielos de la muerte* (1949); *La cresta del cangrejo* (1951); *Los lamaderos del diablo* (1956); *Diseño gráfico en Venezuela* (1985) y *Los desiertos del ángel* (1990). Murió en Caracas en 1990.

« Iglesia San Antonio de Padua (detalle)

Clarines, Anzoátegui

Foto: Archivo MDV

s/f.



117

El osario de Dios

ALFREDO ÁRMAS ALFONZO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

El osario de Dios

ALFREDO ARMAS ALFONZO



Índice

- 13 Nota editorial
- 15 El osario de Dios

Nota editorial

Podría hablarse de *El osario de Dios* como de un libro “raro”, donde cohabitan textos de dos líneas con relatos de ocho, diez, treinta y más. En una página se nos revela el inquietante negocio de un muñequero que les cobra a los niños por acostarse con un monigote. Y de ahí el libro pasa a presentarnos una serie de personajes que parecen salidos de un territorio irreal, pero que poco a poco comienzan a parecer seres reales, ubicados en lugares tan concretos como Sabanauchire o Píritu. A su vez, los nombres, los apodos, las anécdotas y costumbres de esta gente refuerzan su carácter grotesco o marginal, lo mismo que pueden mover a la piedad. Lo cierto es que al final se tiene la sensación de haber viajado no solo por el extraño mundo de la memoria de un narrador que a veces parece un viejo y a veces parece un niño. Al mismo tiempo, la presencia de personajes históricos –trabados en lances de vida o muerte, atrapados en emboscadas, enredados en pasiones– impregna todo el libro con el veneno de la duda: ¿estos son cuentos o esta es la memoria de una familia vertida en la escritura del autor?, ¿todo esto pasó o se lo inventó?

A esa capacidad para diluir los límites entre la ficción, lo histórico y lo cotidiano, la acompaña un lenguaje estético donde se combinan la oralidad, los arcaísmos, los juegos de palabras, curiosos neologismos y nombres de asombro con un tono que oscila entre la voz testimonial y la elaboración poética. “Frente

a la ventana del cuarto al lado de la esquina, los titirijís parecen anunciar el inminente fin del mundo. / Se hacen luces. La madre recurre a San Marcos de León que amansa la draga y el dragón”, “El pueblo se trepa a los techos con canarines de agua, con camasas de agua, con el temor al fuego al que sólo se le compara con las furias de Moquina”, “Quebró y cayó en cama y ya próximo su fin, el turco Miguel Abraham, que nunca creyó en Dios, pedía a gritos un cura”...Así es el osario en medio del cual bullen estos 158 relatos cuya publicación coincidió con el Premio Nacional que Armas Alfonzo recibió arrancando los años 70.

La narrativa de Armas Alfonzo es un recorrido hacia la brevedad, corta, precisa y concisa; no pierde el elemento más indispensable que debe existir en cualquier obra de arte: el hombre, su humanidad y su tragedia, con sus momentos de locura, incongruencia y lucidez. Sin embargo, por aleatorio que pudiera parecer, sus textos buscan una razón fundamental: organizar y dar sentido al absurdo.

En el caso de *El osario de Dios*, como hemos dicho, una de las cosas que sorprenden de su narrativa es el regreso del relato histórico: la historia de la gesta de Independencia o la de aquellos insurgentes, como Arévalo Cedeño, que sirven de pivote para contar la “otra” historia, una más personal, acaso familiar, de parientes lejanos que fueron testigos de esos acontecimientos y que en un juego con la ficción, Armas Alfonzo los “regresa a lo real”, esto es, que transforma la anécdota o el comentario aislado, el cuento del pueblo e, incluso, el chisme para darle una sustancia verídica.

Domingo Miliani se refiere a la poética de Armas Alfonzo como “una espiral incesante” y menciona a un conjunto de escritores que se internaron en propuestas similares a las de nuestro autor, entre ellos, cita a Luis Britto García (Venezuela), a Juan José Arreola (México) y a Julio Cortázar (Argentina). Sin embargo —dice Miliani—, esta obra sorprendente y única en nuestra narrativa es como *El dinosaurio*, de Augusto Monterroso, todos saben que está allí, esperando por lectores despiertos que puedan descubrirlo.

La presente edición de *El osario de Dios* ha sido tomada de la Biblioteca Básica de Autores Venezolanos, publicada por la editorial Monte Ávila Editores Latinoamericana. En los casos necesarios, se ha actualizado la ortografía y se han corregido las erratas advertidas.

LOS EDITORES

El osario de Dios

*A Rutilio y a Lucinda
caídos en la segunda emigración a Oriente
uno en Cumaná
y la otra en el Morro de Barcelona
a El Chingo y a
El Caballero Blanco de Goyo
y al Platero de Edda Eligia
caídos asimismo en esa desventura*

*Del amor y de las rosas
no han de quedar sino los nombres.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Había una cruz en La Cruz de Belén, otra en La Cruz del Zorro, otra en La Cruz de Píritu, otra en la Cruz de Pacheco, esto es al norte, al sur, al este y al oeste, sin contar las tres de El Calvario, donde se rascaban el lomo los chivos en caso de necesidad.

Qué nos iba a pasar.

Cuando a las cruces se les podría la pata Pedro Iginio labraba otras que pagaban las rentas y las viejas las cogían para leña. A este humo y a esta lumbre le atribuían muchos bienes. Quienquiera que a su rescoldo se mantuviera ya no se moría de males del cuerpo, ni de entuertos ni de acechanzas ni de maldades. Concho Guaita no lo creyó porque para la fecha de este conocimiento Concho Guaita había sustituido su Dios.

2

Mientras Atanacio Guarapana le reparaba el cuero a su furruco, que no era casi siempre, Pedro Iginio aprovechaba para sacarse el cabo de tabaco y decir que con quigua se mantienen los carraos.

3

Después de llevarse la mano al pecho, en un sencillo gesto que a veces contenía la intención de persignarse, igual que lo hiciera siempre antes de coger camino, Don Concho Guaita se dobló.

En la noche descansó en su casa por última vez y a la mañana del siguiente día lo pusieron entre la tierra.

Tenía sesenta años, decía él, un cuerpo grueso y alto, el pelo colorado como el del araguato, el corazón de patilla de la concha verde, que es la dulce.

Trabajaba la tierra de Unare este Concho Guaita y no dejó de guardar restos de suelo en las uñas ni siquiera después de muerto, a pesar de la mortaja.

4

Los cuatro Teclos eran Julián el padre, la madre, los hermanos, los hijos y la tristeza. Dos personas en total, se creía.

El bajo de Cuatro donde vivían se volvía un mar en el invierno y un desierto en el verano, pero esto último no ocurría casi siempre sino todos los años.

Los Teclos eran una gente despegada del suelo y parecían sostener el cielo como las cumbres el peso de la techumbre.

5

Manuel Estanga Ledezma era ancho como un borongo y todo cuanto en él se contenía era de la naturaleza de la bretónica y de las rosas, y él se cuidaba de no saberlo cuando, arremangándose la sotana, se iba a la laguna de La Escondía con una escopeta a cazar cochinos cimarrones que engordaba la bora, el platanillo y la libertad. Su ministerio se inspiraba en la filosofía de que no había que temerle a la fortuna.

6

Cacuro es empinado del suelo, enteco como varejón y más rápido que una verdegallo. Mejor dicho, si a Cacuro se le diese a elegir condición animal distinta de la suya sería una verdegallo. Una centelleante bicha de esas, diestra y lúcida para la atacada mortal. Puesto en ese caso Cacuro, los colmillos ostentarían el acerado filo, el rasgueante corte de la lanza de Cacuro. No se concibe a Cacuro sin su lanza oculta como una mordedura de verdegallo, siempre sujeta a sus intenciones entre el pantalón y la piel, la tela para que se la oculte de los demás, la piel para no ocultársela a sí mismo.

Cacuro no es de aquí; a Cacuro lo trajo una revolución y él se quedó porque esto se le parece a su origen.

7

Ur el titiritero sólo disponía de su estructura bronquial deficiente y de sus muñecos. Uno de esos muñecos tiene senos de trapo y Ur cobra por acostarlo con los niños que aspiran a perfeccionarse en el amor.

8

A Francisca Quintero Bocaetubo, la muy hijaeperra de Cariaco, Bombilloe-burdel le cambió el armador padentro.

La Bocaetubo, que no hace sino añorar a su golfo, se tiraba desde el chinchorro con toda su rabia para recibir el golpe en el vientre, y así escapó de la fatalidad, creía ella.

9

Esú Borotoche perseguía los pájaros del monte en un empeño de identificar entre ellos aquel que cantaba siempre a la hora del alba elindioesvil elindioesvil elindioesvil, porque, según sus arrebatos y sus manías, la canora lo estaba sindicando a él.

En las manazas de piedra de moler de Esú Borotoche hallaron muerte cristofoús, torditos, sinfines, guacharacas, piscuas, azulejos, banderalemanas, picoeplatas, arrendajos, perdices, cucaracheros, turupiales, conotos, canaritos, sangretoros, reinitas, catanas, carasucias, diostedés, piapocos, guaros y, por supuesto, indioesviles.

Pero Esú Borotoche jamás alcanzó su propósito de acallar su conciencia y se murió de una embestida de sol y el indioesvil volaba del nido a la cruz de palo y ahí, hasta que la tierra se iluminaba del todo, cantaba y cantaba sin importarle mayor cosa que Esú Borotoche se conmoviera entre los terrones que le correspondieron.

10

Juan Carlos Alera, comerciante de víveres y frutos del país, increíblemente desplegado como un talicón, dueño de una manzana de adán que le hacía aparecer como quebrado del cuello, narigudo a más no poder, llevaba la muerte por dentro cuando aquel día montó en Clarines vía Maraca, Pachaquito, La Medianía, Bocaachivo y la nada. En la quebrada de Píritu la muerte desensilló sola.

11

Anaminta, el cuero de Pío Birocha, de los Birocha de El Comején y no sería por eso que parecían bien quemados, aclaraba el agua con cardones yaguarey. Batía batía el agua barrosa hasta que el agua se iba volviendo transparente, hasta que el barro se empelotaba entre la baba. Ya parecía un espejo cuando descubrió el ojo entre el cristal. Sobresaltada buscó una espina de jabillo y puyó el ojo como si fuera un nido de nigua. Desde entonces Anaminta Birocha no ve.

12

Ulise Topumo, como no tenía mujer se las inventaba, achicharraba chamizas y con la punta se pintaba las mujeres en el cuerpo, con este carbón de leña se ponía los senos de la mujer, los ombligos de la mujer a pesar de que él tenía el suyo, se representaba con grafía que no era del todo satisfactoria aquellas partes de la mujer que correspondían a las ingles. En una fiesta de San Antonio, Ulise Topumo, que no había sido visto ni en la misa ni en la procesión, su hermano Antero Topumo después de mucho buscarlo lo descubrió en el cuarto del maíz con su mujer y enardecido sacó la lanza y lo clavó en el bahareque.

13

Juan Cancio González Baquirito no era verdad que era inmortal. Sobrevivió a la toma de la iglesia de Clarines aquel 12 de enero de 1871 que tanto recordaba Mamachía y sobrevivió además a muchas guerras y a otras muchas heridas, pero cuando mi hermano Felo lo exhumó del viejo cementerio de Barcelona antes que Josefina Armas le hiciera meter un tractor, Juan Cancio González Baquirito no era sino un huesero ya deshecho y se le había mineralizado la sonrisa sobre el rostro.

El hueco de la bala sobre la ceja izquierda era un tercer ojo apagado y misterioso.

14

A Pío Culito, antes de que lo tumbara un plomo que nadie sabe de dónde salió en la balacera de El Retumbo, tratando de pegarle candela a la casa de Antonio Motabán, el padre de Rafael Motabán, no lo enterraron, lo cogieron entre cuatro soldados y lo quemaron y cuando Petra Tovar fue a ver qué era lo que quedaba de él no halló sino la asadura asada como la de cualquier res, a este Pío Culito que era un negro altote de Río Chico lo invocó Pío Topumo una vez que Juan Cancio González Baquirito lo atacó en La Medianía buscando matar el hambre de él y de su facción.

Pío Topumo se puso a rezar y no acertaba con la memoria de ningún santo. Se acordó de Pío Culito de casualidad y le pedía entre la noche que evitara que lo jodieran, que metiera su mano para que no le acabaran con el ganadito.

Juan Cancio González Baquirito se vio de pronto entre dos fuegos: tiros desde la casa, tiros desde la quebrada, y ellos en el medio, ahí agachados entre el cujizal, que son palos que no dan sombra. Al que no se lo voltearon se lo asustaron. Juan Cancio González Baquirito maldecía a aquellos carajos que de pronto se habían quedado sin huevos parecía, y a él mismo le costó trabajo y paciencia escurrírsele a aquel enemigo invisible.

Pío Topumo vio después crecer sus rebaños y aunque la quebrada le llevó media casa jamás dejó de creer en Dios.

15

Nolbelto de gracia y ello le bastaba para identificarse, tuvo su cara completa antes de que la lepra se la acabara. Primero le tarasqueó el oído de la derecha, le abrió la mejilla al punto de vérsese las muelas y por entre estos huesos la enfermedad se le pasó a la nariz, que también se la tumbó, hasta que finalmente se le corrió al ojo derecho de los dos que tenía azules y se lo escarneció.

Todos los años sin faltarle ni uno solo, Sotera su mujer le paría un hijo entre la candela, porque era epiléptica, hasta que la llaga lo mató, pero Sotera siguió pariendo lo mismo y los muchachitos siguientes sacaban todos el ojo derecho azul.

16

El general Zenón Marapacuto entra a El Guamo de Guanape con sesenta hombres a caballo, sesenta y uno con él. Veinte y nueve se ufanan de sus lanzas monagueras, treinta y uno ni se atreven a dejarse ver las puntas de píritu y uno solo, el jefe del Altouchire, porta además de lanza, punta de píritu, cuchillo caimanero, machete, revólver y fusil, sesenta tiros y un escapulario con un trozo de palma bendita de la vara de San Juan Capistrano de Purgüey. El general Zenón Marapacuto llega preguntando dónde está el gran carajo.

—Pero qué gran carajo, Zenón —lo para la sorda Estílita, que además del padecimiento del oído renquea de la izquierda y sufre de un lunar de pelos bajo una paleta que le abarca la axila y medio seno del mismo lado.

—Cómo que qué carajo. El que inventó que esta revolución era una mierda.

—Aquí no hay carajos, Zenón —le miente la mujer.

Entonces el general Zenón Marapacuto, que no ha bajado del caballo, ordena que carguen con Estílita. Güire le amarra las manos y las piernas. Barrigae-sipe enhorqueta la carga de desolación sobre su mula.

El general Zenón Marapacuto, el gran carajo, emocionado hasta las lágrimas, ordena la retirada.

Por las afueras de Guanape marchan Zenón y cincuenta y nueve hombres.

17

Durante cincuenta y seis de los sesenta y ocho de su edad, quebrantado por la luna, Antero Tarife colectó botellas vacías y con estos como vientres de vidrio, aire y relucencia fue poblando de reflejos aquella casa de corredores abandonada de la que todo el mundo había olvidado qué amo la tenía escriturada.

En una fiesta de Santa Clara un cohete prendió la juajua del alar desgarrado por la intemperie y Antero Tarife estalló entre la cristalería. Ni un solo recipiente escapó al ígneo resplandor.

Por eso en El Cerro de los Chivos se encuentra tanto culo de botella.

18

Cochino Macho, el hijo de La Conga, cazaba los torditos con trampajaula, con pega, con lazo, con habilidad, les pintaba las plumas de las alas y el pecho con pintura amarilla y los pasaba como turupiales, a siete reales el casal.

Los compradores se quejaban después de que los turupiales cantaban como torditos.

19

Era un libraco sin la página del título, la dedicatoria y las aprobaciones, sin los dos primeros pliegos, el capítulo final y el índice, porque otra riqueza no le dio la vida.

Pescando buscos y corronchos en la laguna de El Caro lo atrajo un vocerío de alguien que no se estaba conforme y alcanzó a ver cuando unos malhechores desvalijaban a un correo, el tal Púita se metió y más nunca pudo usar el chusmo. Aquellos desconsiderados le quebraron medio esqueleto.

Por los favores de asistencia que le debía al maestro José Ramón Camejo, Púita creyó de su deber regalarle el libro y aquel hombre culto reconoció a El Quijote y halló en el Capítulo XVI “De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo” que la frase de “...y, no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los pies más que de trote, se la paseó todas de cabo a rabo”, no correspondía a la historia de Púita, porque no fue uno el asaltante, fueron más de tres, y no fueron sólo las costillas las que le resintieron al mediador. Además, estas desgracias si pasan, pasan en Clarines.

A Púita finalmente lo quemó una fiebre.

20

Mantenía y satisfacía queridas en más de siete sitios de los de su recorrido de arriero a veces hasta más allá de Panaquire y se anotaba tantas pendencies como años se le acumularon.

Se enfermó de la cabeza en Guanape y a la fuerza, entre los que se prestaron y los que obligó el policía lo encalobozaron. Ahí se postró. En hamaca lo cargaron hasta Clarines. Ahí empezó a morir y así y todo se negaba a que lo desvistieran.

Lo desvistieron a pesar de que se opuso con toda la fuerza que le quedaba. No era hombre. Con las parapas del conejo y un viril de res se había confeccionado las artes de que se creyó capaz. Trinidad Portillo, que asistió al descubrimiento de la mujer, estuvo conmigo un día de los difuntos, buscando el lugar de la tumba del Viejo Lucas en el cementerio de arriba. Aquello era un guaritotal.

21

El sol estaba como una brasa, así relucía, como la misma candela, y el cielo parecía un desierto. A poconsón a floraba un brillo de plata entre las hojas de los robles. Entonces este no era el valle de Unare.

El cereipo aspiraba a nube verde. Entre los palos de cereipo había uno que floreaba morado. Entonces no era cereipo. Era acapro. Majomales. Guaritotales. Mayales.

Quisanda también se estaba viendo y no había nortes este año. Aquel tronco blanco es quisanda. Y también había caro y granadillo.

Hasta que se le cerraron los ojos.

Cinco días después lo descubrieron, medio cuerpo en el chinchorro en su casa de El Otro Lado y eso porque tumbaron la puerta. En canoa, el río encajonado, pasaron la urna de guatacaro.

No cabía materialmente y la tapa le bailaba sobre el abdomen. Trajeron unos mecates y los anudaron una vuelta por la cabeza, una vuelta por los pies y tiraron de la punta. Se abrió como una patilla podrida.

Vuelta a pasar el río, cuando alguien se pone a gritar que el cuatro de Paraqueimo se había caído al agua. Para qué. El Unare se lo llevó.

22

Tomás Tachinamo hablaba de la culebra de dos cabezas que tenía su cueva en lo más alto de la cordillera de la costa, hablaba de que de ella provenían los truenos, la lluvia, el crecientón, la mucha agua, los temporales, el rayo y la tempestad. Hablaba de la culebra como hablaba de los matos, de las abejas, de la cascabel o del carrao; esto es, como de seres próximos, conocidos y familiares.

Máximo Cumache propala otra especie y por ahí la anda diciendo, pero esa es su versión de las cosas y la versión de Máximo Cumache es la menos exacta, la que menos verdad contiene, porque Tomás Tachinamo jura sobre la cruz de los dedos que sí tiene las dos cabezas. Máximo Cumache no establece distinción entre lo irreal y lo real, entre lo verdadero y la sugestión. La mentira no siempre es lo que se recrea, así como la verdad no es siempre la imagen de lo visto y lo comprobado.

23

Dolores Anato se negaba a creerlo. En lugar de un niño como ella estaba acostumbrada a partear, aquello no era sino un huevo, como los de las aves, pero mucho más grande por supuesto, y bien podía contenerse en la cáscara un feto. Aquella mujer no paría. Aquella mujer ponía.

Pavigallo y que la nombraban, y es lo cierto que Dolores Anato se llevó el secreto consigo. A nadie le expuso cuántos días duraba echada la parturienta.

24

José Gelasio Barreto se repantigó en el silletón de maestro que después fue asiento de Niquillo, del poeta Bello, del Avilita, de Jiménez Salazar, de Henríquez Buck, y era tan largo y tan anguloso que no cabía materialmente entre los tafiletes y los palos de guatacaro y frente a la camasa de ciruelas de teta cuyo olor se difundía hasta el corredor del aula, dijo, sin asomo de clarinete en la voz cavernosa a pesar de que en horas de clase siempre carecía del instrumento:

—El que me recomponga el retrato del ganador de El Juncal se gana las ciruelas, las ciruelas solamente porque la camasa no entra en el negocio.

Y ahí mismo todo el mundo se puso a asociar a Piar con el Libertador, la misma espadita como si fuera un colgajo inoportuno, las mismas charreteras de pecho de conoto, el dormán de laureles embalsamados, el pelo lacio peinado hacia adelante como si acabara de salir del baño en el paso de Las Lajas, por donde se salía a Los Barrancones, donde el indio Chaurán, que era de aquí mismo, de Píritu, peló a Bolívar; la nariz como la de Sucre, como si la clase fuera sobre Ayacucho y no de San Félix, la boca como si se anticipara a aquella cosecha roja y jugosa que desbordaba la cucurbitácea piriforme, la mano derecha sosteniendo un papelero como uno estaba acostumbrado a ver a Juan Carlos Alera de cobrador de rentas; la bota a la rodilla como si le fuera a entrar a un barrial o a un mayal sin quemar.

Entonces yo invoqué al generalito de cacao como el que Natalia González molía en casa con granos traídos de Capaya o el Sitio de Oderid, de pelo capino y ojos atormentados, sin forniture militar, apenas una esclavina sobre los hombros y la banda con los tres colores de la bandera arrollada a la cintura como los muertos gloriosos.

Estaba de pie frente a Bruno Torres, al que él había nombrado comandante del Batallón Barlovento después de la batalla de China, que mandaba la tropa, y gritaba que le tiraran al pecho.

Lo tiraron, Piar cayó sobre la pared de la iglesia, que estaba a medio construir, y al chingo Hernández no cesaban de temblarle las manos, sería del miedo, y esa noche y que no durmió.

Desde entonces yo asocio la historia a las ciruelas de teta, y si ahora mismo supiera en qué lugar de la tierra halló por fin acomodo mi maestro José Gelasio Barrete allá fuera a preguntarle por qué Bolívar acabó con Piar a las cinco de la tarde del 16 de octubre de 1817; eso él no nos lo leyó de ningún libro. Le diría también que bien hecho lo de Los Barrancones, porque José Gelasio Barreto nos dio la lección de que los hombres se deben respeto entre sí y jamás debe derramarse la sangre. Tal vez él me impondría el silencio o no me negaría como antaño el premio a la aplicación.

25

El agua del río parecía producirlos, la cabeza emplumada como los disfraces del carnaval de Manuel Santiago de los Ríos; armados de garabatos de hierro, de adargas que decían y espadas que tasajeaban. Eran cincuenta y siete o menos porque quince tenían mala salud, los que se defendían, y Keynes atacaba con cinco navíos y seiscientos hombres.

Cayeron sobre las dos piezas de artillería y las tomaron y tomaron los cuatro pedreros.

Al hijo de Sir Walter lo vistieron de nuevo, le quitaron las suciedades de la sangre de la cara, lo acostaron rígido sobre unas tablas y para que después no se quejara de la soledad lo dejaron en la compañía de un capitán, y le dieron cuatro vueltas por la plaza mayor, los tambores destemplados, arrastrando las picas, entre cinco banderas de la Reina arriadas.

Adelante desfilaba Keynes el sitiador, muy revestido de insignias y solemnidades a las que ya estaba acostumbrado. Finalmente lo introdujeron a la iglesia y lo sepultaron.

A Diego Palomeque de Acuña también lo enterraron los ingleses. Ataron su cadáver con un mecate sobre el de su oficial Juan Ruiz Monge, encima le pusieron la cabeza de Juan Ruiz Monge y a éste la cabeza de Palomeque, que para eso antes se las habían cortado a los dos; así, como para que se confundieran,

les echaron tierra encima. Entonces Keynes asentó en su diario algo como *dead body*, pero debió aludir al hijo de Sir Walter.

Después, le inventaron un interminable cielo de ceniza a la segunda Santo Tomé de Guayana.

José Gelasio Barreto es inolvidable.

26

En la ciudad de la Nueva Barcelona, en veinte días del mes de agosto de 1768, por ante mí el Escribano y testigos vecinos compareció en las casas de su morada Doña Juana Theresa Chacín, muger legitima de Dn. Manuel Calderón, quien estando presente concedió la necesaria lizencia a la susodicha su muger para otorgar este instrumento e la referida la azeptó y de ella usando dixo y otorgó que daba y dio todo su poder cumplido al enunciado su marido para que con su nombre pueda mancomunadamente vender una negrita mi esclava nombrada María de edad de diez y ocho a veinte años, la misma que hube por donación que de ella me hizo Dn. Juan Joseph Chacín mi legítimo padre como parece de la escritura de donación que en testimonio lleva el dicho mi marido para acreditar la propiedad de la dicha esclava la que podrá vender en cualquier parte de la Provcia. de Caracas por la cantidad que ajustare y otorgar en favor del comprador la escriptura de venta y si la escritura no fuere de presente ante escrivano o Ministro que dé fe de ella renunciará las Leyes de la non numerata pecunia, prueba y paga del recibo, con las demás expresiones y renunciación que en Derecho sean necesarias para la validación de dicha venta y recivo de su producto que para ello y todo lo incidente y dependiente le dá este poder con todas sus incidencias, franca libre y general administración y al cumplimiento de lo que se operase obligó su persona, bienes, muebles y raíces

havidos y por haver con poder a las justicias de su M. para que a su cumplimiento le compelan y apremien por todo vigor de Dro. y via ejecutiva y por sentencia pasada, con autoridad de cosa juzgada. Firman.

27

Rodearon el rancho.

—Que Cecilio Gómez entre a ver —mandó el general Martín Marcano desde su montura.

—¿Y por qué yo no, Martín?

—Nadie sabe qué nos espera ahí adentro. Ni esta sabana es la calle Bolívar ni esta casa el palacio de Gobierno de Barcelona. ¿Y si te sale un muerto?

—A Martín Marcano no le sale muerto por más jodío que fuera —y el Indio Tuárez reviró el ojo de la grieta.

—Que entre Cecilio Gómez.

Y Cecilio Gómez entró y allí mismo se oyó implorar y gemir a una mujer.

—Ahora sí. Entra tú.

Salieron el Indio Tuárez que se moría de risa y Cecilio Gómez que arrastraba por el cabello a una mujer recién parida. Debía estarle dando de mamar a la criatura.

—Buenas tetas tiene —sentenció el general Martín Marcano siempre sobre el zaino—. A ver, Indio, cuál de estos carajos se venía quejando del hambre. Donde mama uno mama más de uno.

—¿Y no es verdad pues? No comemos desde cuándo —creyó de conciencia explicar el Indio Tuárez.

—Entonces empieza tú antes que el becerro se amamante —mandó el general Martín Marcano siempre a caballo, y empinado en sus estribos hombre y animal asumían una misma sombra bajo el sol de Guanipa y el sol de Cantaura, que es uno solo.

28

Los emboscaron en Los Carrizales, entre una quebrada, la serranía y el monte, donde los cumanagotos destrozaron la expedición de Diego Fernández de Serpa; ahí los esperaron, tras los troncos, arracimados en los copos como aves de mal agüero.

Tras una ceiba Juan Antonio Ruiz les iba a dar la señal, que consistía en cantar como una pavita.

Se fueron metiendo, que era como decir que se avecinaban a su final, el pendejo de Celestino Rojas echándose las de guapo y apoyado, todo porque su padre era el general Martín Marcano, que despachaba en la Presidencia del Estado, y de ahí venía, de esa prerrogativa de burro hechor y machete victorioso.

Cuando se produjo el canto de la pavita no pudieron ni recular. A Celestino Rojas la muerte lo agarró primero y la bestia forreó y se paró en dos patas, Celestino Rojas tratando de zafarse de esa señora hasta que se fue de lado como cuando la hacha quiebra un currucay, se fue de lado y el pie izquierdo no se le zafaba y el caballo desbocado con los dos muertos a rastras, uno del freno y otro del estribo, que era el que más escándalo causaba.

Al Palacio de Gobierno de Barcelona, que entonces estaba en la casa de dos plantas donde hoy funciona el Concejo, llegó la noticia cuando el caballo de Celestino Rojas acababa de desangrarse en la pica de Caigua arrebiatado a su

carga, y el general Martín Marcano cogió ese día la peor arrechera de su vida de soldado invicto, no tanto por el hijo natural que perdió sino porque en la estrategia de Los Carrizales tenía la mano metida esa porquería de Pablo Guzmán. Haciendo resonar el piso de tablas, la primera autoridad estatal dictó a su secretario la orden del acuerdo de duelo oficial por tres días. No había bandera en la Casa de Gobierno y tuvieron que sacar fiada una, tras mucho regatear con el turco de La Marina, que era el único que las tenía para la venta, a quince pesos, más una comisión de tres pesos más, así la deuda se atrasara, treinta, sesenta o noventa días.

Ni pie ni estribo de Celestino Rojas le hallaron cuando la comisión fue a levantar el cadáver, y, maldades de la gente, no faltó quien dijera que es por eso que la muerte cojea de la pata derecha.

29

Estaban sobre el Carapa no tanto por el ruido del viento en el morichal sino porque ya tenían caminadas las cuatro leguas desde La Canoa.

Habían echado pie a tierra, Santiago Reyes dijo que para descansar, y al general Martín Marcano no le gustó que un soldado de la escolta, acucillado en un caro como si estuviera haciendo una necesidad, se pusiera a sacarle cosas al cuatrero, mientras cantaba:

Se acabó Martín Marcano
tendrá burro la sabana
se acabaron los dolores
el agua será más clara

porque esta es vaina, a esta hora y en cumplimiento de una misión a Ciudad Bolívar. Él se lo había impuesto como condición a Rolando:

Yo voy, qué carajo, a la cárcel de Ciudad Bolívar, pero usted me garantiza la vida o no voy.

Al Indio Tuárez le abrieron el vientre y él no podía meterse para dentro los intestinos porque tenía las manos amarradas y bastó que se quejara de ello para que el propio Reyes se las amputara por el hueso de la muñeca como si estuviera beneficiando cochino.

A Cecilio Gómez lo despojaron del viril primero y con esa prenda sanguinolenta le llenaron la boca para que cesara de maldecir.

Al general Martín Marcano lo remataron de último y atado también como estaba no hicieron sino tasajearlo, y rodándolo por sobre la tierra lo echaron al Carapa, que se tiñó por un rato.

Santiago Reyes no les advirtió antes que así les cobraba lo que le hicieron a su familia en El Pilar. Se lo confió a Rolando cuando se cumplió la formalidad de la investigación, y entonces la voz oficial se remitió a un pretexto de que la comisión había sido asaltada cuando cumplía el sagrado deber de propender a la paz social.

30

Yo había entrado al cuarto para llevarle al padre González una jarra de carato de guanábana, porque si no, no entro. En la casa lo hacían reposando la siesta.

No fue una calumnia. El padre González se había quitado la sotana y estaba tirado en el ladrillo, sobre una cobija, con la que él decía que era su hermana, yo los vi y lo vuelvo a jurar, que me caiga muerto si mis ojos me inducen a la presunción.

El parecía que venía corriendo, se ahogaba, y no podía ser porque él tenía tiempo en la habitación.

Si el secretario del obispo manda a borrar lo que escribió de mí en el libro de visitas, alabando mi buena recitación en el acto del homenaje, que lo haga, pero eso es contrario a la ley de Dios. (No borraron nada; ahí está la historia).

Que los exaltados miembros de la Junta Pro Fiestas Patronales amarraran al padre González al anca de un burro en pelo y lo pusieran en el camino a Píritu, tal como estaba en el himeneo, valgan las palabras del señor juez, responsabilidad a mí no me cabe porque el de la idea no era otro que el que llamaban Vargasvila, que no era ni secretario de la jefatura sino un agente viajero de paso por el Distrito. Arrearon el burro hasta La Cruz de Píritu y ahí lo soltaron. Fue Severiana la que le prestó al padre un camisón de medio luto y

así, como una madama, lo vieron pasar por el bajo de Maraca. No fue verdad que lo expusieran al sol durante todo el viaje. Ahora las guanábanas de la mata de la pileta que se las coman los pájaros.

31

Santa, María Santiago y Mercedes Alfonzo la que después fuera mi madre se encerraron en la galería. Tura la que después fuera mi tía, Ana Vicenta la que después también fuera mi tía, que entonces no se había casado con Tomás Itriago, y un señor Felizola, del Guárico, que había ido a negociar ganado, permanecieron en el corredor, invocando al espíritu con el que los de la sesión de espiritismo iban a hablar, sin que se apercibieran del nombre los de adentro.

En esos días en que la gente se moría orinando la sangre, Uchire debió lamentar la pérdida de un joven Domínguez muy apreciado y a su ánima correspondiente se inclinaba mi tía Tura, que no era Tura como se le puso sino Lucía Julia y ella se cambió el Julia por Victoria aunque siguió llamándose Tura. Ana Vicenta, que no sobrevivió al cuarto parto, y mamá siempre nos hablaba de ella como niña muy mingona, sugirió a Piquijuye y Felizola se opuso porque además de que Piquijuye carecía de valores espirituales no era sino un guerrillero de los más malvados y además estaba vivo por esa Fila de Aguacaliente. Que invocaran a Amalia López, una bonita muchacha recién muerta, también a resultas de la hematuria, muy de los círculos de los Alfonzo. Tura y Ana Vicenta convinieron no sin miedo.

Nadie habló por un rato, mientras adentro, a la luz del postigo, la pequeña mesa redonda empezó a bailar sobre a tabla con las letras del alfabeto, los

números romanos y los signos zodiacales. Corría la mesa sobre la superficie de pino barnizada, primero desorbitadamente, luego se aquietó sobre la A y una de las tres patas terminadas en tachuela de cobre la señaló una y otra y otra vez, la A sin duda.

La M, la A otra vez. María Santiago las iba escribiendo en un papel de ese que tenía grabado el escudo nacional que entonces se usaba en los asuntos del gobierno. La L, la I, la A por tercera vez. Otra L, la O, la P, la E, la Z. Amalia López.

Volvió a girar sobre sí la mesa. La Q, la E, no es E, es U, ahora sí la E, la Q, la U, la I, la E, la R, la E, la N. María Santiago deletreó quequieren.

Mercedes Alfonzo les devolvió al corredor el mensaje.

—Amalia López. ¿Qué quieren?

Corrieron aterradas Tura, Ana Vicenta, Santa, María Santiago. La mesa bailaba sobre el abecedario.

Mercedes Alfonzo caminó de prisa hacia donde Felizola miraba en todas las direcciones.

Por la puerta entreabierta se advertían las tres sillas de la sesión, una de ellas ocupada por alguien que se parecía extraordinariamente a Amalia López, el mismo peinado de crespos, la cara bonita, el cuello de encajes, el dije de oro con la cadena en la garganta. Mercedes Alfonzo la recordó así, ya amortajada.

—Adiós caray, Amalia, ¿tú por aquí? —la saludó.

—¿Y no me llamaron, Mercedes? —respondió a su vez la recién llegada.

32

Recién acababa de abandonar la casa del enfermo y se disponía a acostarse cuando sintió que, como ocurría todos los amaneceres desde que él vino a hacerse cargo del Registro y el vecino lo venía a buscar para tomar el café negro, alguien retiraba la tranca, caminaba hasta el cuarto atravesando la sala, empujaba la puerta del cuarto y se le plantaba frente al dormitorio. Esa vez había dejado la vela encendida en la palmatoria sobre la silleta.

Quien entró conocía la casa y a lo que estaban acostumbrados, pero a él no dejó de extrañarle que al sentarse crujiera la silleta pero la luz no se apagó.

¿Eres tú, Ramón Ignacio?

—¿Quién más, pues, Rafael Armas?

Se levantó vestido como se había acostado.

—¿Y qué hora es?

—Ya está aclarando.

No había cantos de gallos, pero así. salió hacia la calle y halló la tranca puesta.

Pasaba un entierro, y todo el mundo portaba una vela. Preguntó a quién llevaban a enterrar.

—A Ramón Ignacio Alcalá —repuso Ramón Ignacio Alcalá, que todavía seguía a su lado.

Entonces Rafael Armas advirtió que Ramón Ignacio Alcalá iba entre los cargadores, que Ramón Ignacio Alcalá era uno de los que alumbraban el paso del entierro, que Ramón Ignacio Alcalá iba de cura abriendo la procesión, que Ramón Ignacio Alcalá era el que llevaba la pala, que Ramón Ignacio Alcalá era el que lloraba inmediatamente detrás de la caja mortuoria. Ramón Ignacio Alcalá lo sostenía.

No eran las velas las que difundían la claridad. Ramón Ignacio Alcalá descubrió que eran huesos de muerto.

33

No había acabado el novenario en descanso del alma del difunto Ramón Ignacio Alcalá cuando empezó a hablarse de la aparición de una mujer envuelta en flotante ropaje blanco que recorría las calles siempre a la media noche camino del cementerio.

Rafael Armas que sale de cierta casa a eso de la una y la mujer que pasa.

Rafael Armas saca el revólver y la tira. La mujer se apresura. Vuelve a apuntarla y así, hasta que descarga el arma.

La mujer ya va frente a los palosanos de la entrada del cementerio. Rafael Armas la persigue.

La mujer entra al cementerio por la puerta abierta del cementerio. Rafael Armas tiene que saltar la pared porque la puerta del cementerio está cerrada, y en lo que demora ya la mujer se ha perdido entre las tumbas. Al fin descubre el flotante ropaje.

Rafael Armas corre entre las cruces y llega a tiempo para ver que la mujer holla una tierra recién removida y allí se agazapa. Rafael Armas identifica la sepultura de Ramón Ignacio Alcalá. Está abierta y la ocupa Ramón Ignacio Alcalá, todavía revestido de su negro traje de palmbeach que estrenó el día del entierro. María Manuela su mujer muy atareada a su lado con una lesna de zapatero le cose un remiendo en la solapa sobre cinco agujeros de bala.

En su casa al día siguiente, Rafael Armas va a cargar el revólver y le encuentra las cinco balas intactas. El arma apenas si ha perdido algo del pavón.

34

Mamá se afligió de veras la mañana de aquel verano calamitoso de 1935, cuando fue a regar sus matas de güiripa, y halló que los sapos habían hecho sus nidos en los materos, socavando la tierra; allí estaban, echados sobre los bulbos muy siseñormío, los ojos verdosos semicerrados al resplandor. Vine a los gritos y comprobé el desastre, aunque no la acompañé en el temor de que las güiripas ya no florecerían más, y tan es así que mamá tiene ya diez años de muerta y los lirios jamás han dejado de adornar a mayo con sus blancos adornos de primavera, un solo pistilo erguido de húmedo y profuso polen amarillo. Entonces fui por la escopeta y vacié la carga de guáimarus sobre el lomo de los intrusos. No hubo sangre ni agonía. Los sapos me miraban desde abajo con algo de timidez y de asombro, y a la mañana siguiente mamá no escandalizó a la hora de regar sus güiripas, aunque se lamentó de que todas las hojas estuvieran rotas.

Vino el invierno y los sapos se pusieron a cantar en el bajo de Portillo. Mamá entonces creyó que yo no les hice sino el favor de cambiarlos de domicilio. Todavía dudo de que fueran los mismos. Es probable que si se excavara en el patio se hallarían muchos esqueletos abaleados, morocotas españolas y una que otra cerámica aborigen.

Cagalón no cabía en ningún trapo y además parecía sobrar en el mundo. Cagalón siempre careció de pelo y en cambio le sobraba la manteca. En el abdomen de Cagalón podían admitirse los desechos de un mes del matadero municipal. De Cagalón se murmuraba que poseía un corazón como un hígado, cinco panzas, más de un librillo y muchos mondongos.

Cagalón ni veía por sus ojos, porque tanta gordura se los ocultó. Cagalón no vivía sino para comer e inventarse aventuras conyugales con las mujeres' de los demás porque Cagalón jamás tuvo mujer propia. Las mujeres le quitaron el saludo a Cagalón para escapar al adulterio, que es pecado capital. Es decir que Cagalón por todo lo que había padecido y murmurado renunciaba de antemano y antes de morir a una definición zoológica distinta a los hechos cotidianos y normales de la humanidad.

El fin de Cagalón sé manifiesta a través de los sinsabores de su afición desmedida a la cocina y a la cama. Cagalón se enamora de quien se tiene como la novia espiritual de Cielito Lindo el sacristán, porque la religiosa mujer posee entre otras abundancias un altar de santos, un corral de chivos y unas matas de chícharo. Alguna nube oscura presentiría Cielito Lindo que amenazaría su sosegado tiempo sentimental no exento del olor a padrote. Lo cierto es que Cagalón, que según concurrió a una cita de naturaleza no discernible como

todo lo de él, no encontró la voluptuosidad con que de antemano se refocilaba sino el miedo de Cielito Lindo prevenido a tiempo y Cagalón careció de la fuerza moral suficiente para sobrevivir a la burla colectiva como siempre la tuvo para los cólicos y las amorosas agonías. Acaso Cagalón confundiera la compasión.

Desde esa medianoche del escándalo en el corral de los chivos Cagalón se apagó como la luna llena que siempre fue hasta que el pueblo a oscuras dejó de ocuparse de él.

Los bienes terrenales de Mamachía constaban de una polverita hecha de una lata de las más pequeñas de mantequilla Bruun pintada de rosado y coronada por una ostentosa mota de buche de pato, de siete matas de azahar de la india sembrados en círculo en el patio de la casa frente al corredor, y de unos pájaros azulejos. En mayo o junio, cuando caían los nortes, florecían los azahares y las ramas no podían con la carga. Era lo mismo como cuando ella se empolvaba, sentada en su hamaca de la sala, que tenía piso de tablas. Destapaba la polvera y se expandía aquel olor de ella. No había necesidad pues de que los azahares estuvieran floreciendo todo el año.

No sé por qué asocio a Mamachía con los altares del Viernes Santo que la piedad ornaba con flores de pascua azul inventadas de papel y nubes de algodón en rama del que se daba en Carutico o Matiyure. Entonces ya había enviudado de Ricardo Alfonso, que fue oficial de Ezequiel Zamora. El retrato pintado por Tovar y Tovar colgaba del testero de la habitación, pero esa presencia no parecía molestarla ni envanecerla. Ella también venía de la guerra y de la violencia civil, y hablaba de la historia de asaltos y de crímenes de La Libertadora o de la Revolución Azul como quien evoca lloviznas o vientos.

De su desayuno de pan de trigo rallado, queso rallado del seco del que hacían en Murgua y guarapo de papelón hervido con su poquito de leche de

Doñanita, reservaba una parte a los azulejos y ella misma iba hasta los azahares y se la servía en las manos. Cuando ya no la vimos más después de aquel 26 de julio de 1938, supusimos que se había ido volando con los azulejos hacia algún otro patio inolvidable, si es que lo inolvidable puede residir en otra casa que no era la casa de Clarines de Mamachía.

Por el presente Documento que tendrá la balidasi3n de una escritura P3blica en benta real y berdadera Como Yo Juan de Dios Mos coso becino de este Pueblo bendo al Dr. Fermin Ruiz tambi3n de este Pueblo un sitio con un pedazo de monta3a birgen por la cantidad de treinta pesos en plata los que resibe de dicho Dr. y se los bendo con sus linderos siguientes Lindando por el nasiente con sitios altos de Bitoriano Quintana por el poniente con tierras altas del mismo bendedor por el sur con terrenos de los herederos de Jos3 Jes3s Mos coso y por el norte con tierras altas de los herederos de Juan Gra- biel- Quintana cuyo pedazo de tierras lo hube por erensia de mis legitmos Padres Henrique Moscoso y Clara Camacho y profesando yo no reclamar cosa alguna ni tampoco ninguno de mis herederos tendr3n que interbenir en dicha benta y traspaso mis derechos al sitado comprador como tales bendedores del saneamiento de este benta y renuncio todas las leyes fueros asion y se3or que pueda yo tener como quien Soy bendedor y para que Coste le doy la presente escritura firmada en el rio de Curiepe a quinse a la benta de Marzo de mil ochosiento ochenta. Siendo testigo los Sres. Felis Mar3a Gonz3lez y Jos3 Tobar que firman con el espresado bendedor.

38

(La invasión de las mariposas amarillas principió a las diez y diez del viernes 27 de junio. Parecían provenir de los cielos de José y atravesaban la ciudad, en sentido oeste este, entre los cables, los aleros y los vidrios. El sol las reproducía sobre el pavimento. Ninguna se devolvía.

En el puente Cayaurima un niño descalzo las esperó con una rama y empezó a abatirlas.

A las once ya no sobrevolaban las mariposas a Barcelona. El niño ya llevaba contadas ciento diecisiete. A Pureta esto no le gustó, se puso a insultarlo y a gritarle groserías, y por un rato largo estuvo sin barrer la calle, la escoba recostada de una ventana).

El Maestro Don, de la Serranía de Aricagua, murmuraba la gente que era amante de María Lionza. Cortaba madera y la caleteaba en bote a través del Aricagua hasta el mar; por esa vena de agua la caleteaba. Otros se la echaban al hombro porque siempre para ellos estaba seco el Aricagua. Sembraba maíz en el verano y la siembra se le daba, cuando era público y notorio que a los demás se les perdía el maíz. El Maestro Don era de Curiepe, con lo cual se identifica su color y por supuesto el sitio en que lo alumbraron, pero se había ido a vivir a Flores, un caserío entre Curiepe y Aricagua. Por supuesto también que tenía su mujer y sus hijos.

Una vez se dispusieron a irse a Curiepe, a pasar la Semana Santa. El Maestro Don les dijo a la mujer y a los muchachos que se fueran andando adelante mientras él aseguraba la puerta.

Entonces se le presentó de improviso una señora que no era la suya porque la suya se había ido andando adelante y lo mandó a quedarse. El Maestro Don la desobedeció y entonces la señora sacó un palo que llevaba y golpeó al Maestro Don tan desconsideradamente que el Maestro Don por poquito no se muere. Según, esa señora era María Lionza.

Fernando Madriz Galindo que lo presencié, nos lo contaba entre un olor de damadenoche nocturno e interminable.

40

El quiache tiene los ojos paraparudos, grandotes y lustrosos, como el muriquito, pero le regala a éste la ferocidad. El quiache va de horqueta en horqueta procurándose su comida y no se mete con nadie. Cuando canta canta de lo más triste.

A fuerza de andar moneando los inaccesibles palos de monte, que entonces no había devastado ni hacha ni incendio ni tractor, el Negro de Carmen Camero descubrió que el gusano de monte asolaba también a los pichones de quiache, y si uno no los auxiliaba los quiaches iban a desaparecer de todo el valle de Uñare. La mosca depositaba la queresa entre los ojos y los alrededores del pico de los polluelos, bajo las alas y en la cola ahí se les metían, y la gusenera los cegaba y los iba debilitando hasta matarlos.

Nos propusimos entonces salvar a los quiaches. El Negro de Carmen Camero moneaba los palos y bajaba los quiaches enfermos. Entonces nosotros les extraíamos los gusanos con ayuda de una espina y les frotábamos ceniza en las heridas. El Negro de Carmen Camero los devolvía después a sus nidos.

Si todavía quedan quiaches en Clarines nos deben la vida al Negro de Carmen Camero, a su hermano Javier que después se metió a manejar un geeme, a Roberto mi hermano y a mí. No lo relatamos para que alguien nos lo agradezca.

41

Dieciséis años en la petrolera este pendejo y no hubo día en que no pidiera su tiempo.

Se lo dieron y entonces se devolvió al rastrojo de donde había salido pero ya no lo halló porque entretanto pasaron por ahí una carretera, y aun así se quedó, alquiló un pedazo de tierra no más grande que él cuatro veces y volvió a su arte anterior, la de sembrar ocumo chino que también llaman yancé. Cuando ya está dado el ocumo chino, que no lo obliga a mucha espera, es la ventaja, sale con la mara hasta la carretera y ahí lo vende a como le ofrezcan. Esa es otra ventaja, la carretera.

42

Se parecía a Candel, pero no era ni prójimo, chiquito de cuerpo pero atestado; y el día se le iba en mirar para fuera desde la ventana del calabozo, desde donde se escapaba además el olor del orine.

Mañana, mediodía y tarde, Rafael Armas, que entonces era el jefecivil, le repetía la demanda.

—O se casa o la dota o sigue preso.

Y seguía preso hasta que a los once meses el preso pidió voluntariamente que le arreglaran la vaina.

La madre y la agraviada volvieron al salón de la jefatura, que no era sino un salón de piso enladrillado, con un escritorio viejo bajo un retrato de Bolívar de una propaganda de una emulsión a base de aceite de hígado de bacalao para prevenirse de la tisis y en un rincón el palo de la bandera, sin la bandera porque el Estado había dejado sin contesta las reiteradas solicitudes al respecto. La agraviada ni parecía una mujer de tan enteca y sufrida.

El secretario de la jefatura leyó el acta con la prisa a que lo forzaba el compromiso de ir por un pescado a El Hatillo, y en cuya operación se iba a ganar unos sesenta bolívares.

No firmaron los contrayentes ni la denunciante por no saber hacerlo. Entonces el jefecivil declaró terminado el acto y conminó a los desposados a cumplir con la ley.

El cónyuge entró al calabozo y regresó con una cobija bajo el brazo, atravesó la sala y cogió la calle, sin siquiera despedirse. La cónyuge enteca y sufrida, la madre, que no lo era menos, y la primera autoridad civil lo siguieron con ojos resignados hasta que el otro se perdió a lo lejos en la calle empedrada de lo que fue pueblo de misión, de cuando los capuchinos, hasta 1928 capital del Distrito Peñalver.

Engracia Magna Pastora Toribia Rafaela le pusieron a la hora de las aguas y no crecía, mamá lo atribuía a la carga de tanto nombre.

44

Jerónimo Rojas, de los Rojas de Bocauchire, familia de uno por Don Cándido Rojas, el que tallaba los cristos, atacó a la Sabana con su campo volante un 23 de diciembre, la noche que se casaba Rufa Anato, la mesa de las hallacas puesta, la corona de flores de naranja hecha. Hay que ver lo que costó encontrar una mata de naranja con botones en todo el pueblo.

Los de Armas se defendieron, pero de los tres sólo se salvó Don Ignacio, metiéndose de cabeza como si fuera un manatí en la laguna de Montecristo, y ahí se estuvo, respirando a ratos entre el agua encenegada donde se bañaban los cochinos, hasta que dejaron de oírse los tiros.

Rufa Anato tan desgraciada lloraba por el trabajo que le costó reunir los azahares.

45

Vino Juan Evangelista Arveláiz llamado a gritos por la madre. La Yuquita se moría, extraviada ya la mirada, la respiración entrecortada, las manos frías y agarrotadas.

—Esto ya no es de medicina sino de enterrador —opinó Don Juan Evangelista.

Pero la Yuquita sobrevivió, aunque nunca se despojó de aquel color de anemia crónica y cuando se encontraba con Don Juan Evangelista le sacaba la lengua y hacía burlas de él, una conducta que a Don Juan Evangelista no dejaba de incomodarle, hasta que se cumplió su diagnóstico.

En urna blanca, con velo de punto sobre el rostro, la metieron y ni siquiera así adquirió otro color.

46

Nicanor Chira, de Cerro Verde, camino de Sabanauchire, tenía negros los ojos, el bigote y las barbas, pero aquellos más bien parecían candela. Nicanor Chira no sembraba nada si no lo indicaban ciertas señales del cielo que él solo discernía.

—Así debió ser Jesús —comentaba mamá.

Los Chira, que eran unos cuantos, siempre andaban en los recuerdos de mamá y de la muerte.

47

Pedro Potoco, Pedro Chacín Rojas en la vida real, vivía de echar cartas. Era habilísimo con las manos. Decía: ¿Dónde pongo el seis? ¿Dónde pongo el seis? ¿Dónde pongo el seis? Y movía las manos con tanta rapidez que no se le veían. Eran tres cartas las que barajaba. El otro decía: Aquí, y señalaba una. Pedro Potoco la levantaba. No era el seis. Nunca perdía. Y con estas artes, de pueblo en pueblo, se ganaba la vida.

Se casó, tuvo una hija. Pedro Potoco la agarraba por debajo de los brazos y se ponía a bailarla. Entre tanto cantaba: La puta y la pocolí. Y Pocolí se quedó la muchachita.

48

En sus premoniciones anunciaban que en la profecía de Daniel el espíritu revelará al hombre y el hombre buscará la paz y cada vez menos la hallará.

Vestían de blanco, calzaban sandalias y comían de lo que les daban. En Sabanauchire quedaron dos vencidos por la disentería. Un tercero no halló quien lo enterrara camino de Panapo, y ahí los zamuros y los oripopos diseminaron sus huesos.

Nadie quiso dar algo por la Biblia porque ninguno de aquellos a quienes se la ofrecieron sabía leer entonces.

49

La madre daría lo que no tiene para salvar al pueblo de las iras divinas que hicieron de Sodoma un calvero estéril. Este calamitoso verano de casi cuatro años no es sino un anticipo de la destrucción impuesta por Dios.

Pegada de los Santos, de Santa Bárbara bendita, de San Marcos de León, de San Expedito, de San Roque, de Santa Rosa de Lima, a los que ella alumbró y acata en cualquier aflicción o conflicto, la madre reclama a la omnipresencia que la Yilé así como vino se vaya, porque su presencia en el pueblo augura tenebrosas maquinaciones con el maligno. A la Yilé deben haberle ido con el cuento porque cada vez que pasa frente a casa cimbra la cadera de una manera indebida no atribuible en forma alguna a las dificultades de andar con zapato de patente de tacón alto sobre el empedrado.

La madre no se explica que la Yilé atraiga a los hombres con su máscara de pintura, sus abalorios excesivos, su afición no disimulada a la bebida y al cigarro, la manera como se deja ver insolentemente partes de su cuerpo que ni siquiera una mujer casada y digna debe dejar expuesta al ludibrio o la voluntad de un esposo. La Yilé además actúa como si tuviera su propia carnicería y la ofrece a la clientela como res en canal de pie si ese es su antojo, a diferencia de este comercio, por hora y no por cuarta. La madre tendrá que acudir al obispo si el jefecivil no actúa. Este miedo de perderla concita sin embargo una mayor

demanda de los servicios de la Yilé y no falta quien diga que en esta próspera etapa de su negocio, además de su buena plata, la Yilé ya ha logrado almacenar unas sesenta fanegas de maíz en el corto ministerio que allí lleva ejercido.

Las cremas con que se unta la Yilé transparentan a juicio de la madre indicios y supuestos de brujería; no se explica de otra manera que la moral ciudadana permanezca colectivamente indiferente ante tal peligrosidad.

La madre llega hasta desconfiar de que su denuncia trascienda de la oficina del telégrafo, todo porque el señor telegrafista la ha cogido por hacerle propaganda al agua del telégrafo, cuya eficacia contradijera el funcionario antes de la irrupción de la Yilé en aquel cándido mundo de mariposas amarillas y nostálgicos rosicleres del lobreguecer. Ante el altar ahora arden las velas numerosas y la reseda despliega el olor de los gajos de que inexorablemente despojan a la única mata del patio que hasta por eso será que no crece.

La Yilé no es ni siquiera venezolana; es andaluza aunque su oficio generalmente se asocia a la cultura francesa. Recaló acá en la compañía de un jefe de sísmógrafo norteamericano que anduvo haciendo exploraciones en Caracarache y juntos compartieron una tienda de campaña hasta que el gringo la reclamó ciertas afecciones o debilidades con el cocinero chino y la amenazó con degollarla con un vidrio de botella. La Yilé huyó hacia el monte y ya no pudo hallar o no quiso hallar el camino que la devolviera a Tanfán, que era en realidad el décimo noveno lugar de su residencia desde el establecimiento del campo y la simultánea aparición de los botiquines.

Sin los afeites y apenas cubierta con un paño, la Yilé más que amor no predisponía sino a la compasión. Tenía esa cualidad de las neurasténicas que sólo se desahogan con las lágrimas y entonces hablaba de un hijo que se murió y de un hombre que la hacía feliz que también se le murió en los brazos.

A América vino como Colón, buscando el camino más corto al comercio de las especias y en La Guaira estableció una pensión. Cómo andaba en esto no lo atribuía sino a la fatalidad. Mientras relataba sus infortunios sollozaba con exceso. Lo único que le segaba aquel atribulado manantial era la desobediencia al mandamiento de Dios que mejor podía atribuírsele.

No era ni fea ni bonita; era para aquel entonces una cuarentona ya de muchas arrugas y vicisitudes aunque con verdaderas aptitudes. Que los hombres se le metieran de noche a consolarla no tipificaba a juicio de uno ningún pecado de esos que señala el catecismo. Que lo dejaran de hacer de día era más bien maldad, porque la soledad no es una circunstancia común a la nocturnidad, las sombras o las esquiveces; la humanidad también la padece entre los cálidos y confortadores resplandores del sol.

La Yilé con los años se dejó de esa vida y montó una panadería. De su pasado cuanto persistió no ofendía a nadie en la dulce y anisada catalina que ella de redonda y lobulada transformó en triangular, con unas rayas en el borde y un espacioso agujero en el centro donde se la ensartaba antes de comerla de merienda.

51

SANTÍSIMO SACRAMENTO MANGAR DEL CIELO. DIVINO DONDE
MI SEÑOR JESUCRISTO MURIÓ POR LIBRARNOS DEL DEMONIO
SANTÍSIMO SACRAMENTO DELANTE DE TI ME PONGO
DETRÁS DE TI
ME ESCONDO PARA QUE TUS BRAZOS ME DEFIENDAN PARA
QUE MIS
ACÉRRIMOS ENEMIGOS NO LOGREN DE MI NI ME PERSIGAN
POR LA
PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO QUIEN
PODRÁ LLEGAR A MI PAZ CRISTO PAZ EN EL VELO DE LA SANTÍSI-
MA TRINIDAD QUE ESTOY ENVUELTO
NI MUERTO NI HERIDO NI PRESO NI CAUTIVO NI MIS ENEMIGOS
SEAN VENCIDOS CONSUMATUS ALFERDO ALMA CONSUMATUS
AMÉN AMÉN AMÉN
PAZ CRISTO PAZ....PAZ CRISTO PAZ....
PAZ CRISTO PAZ
AMÉN
ESPECIAL

52

Las Audilio eran unas mujeres solas. Las Audilio vivían en un rancho en piernas entre un cenicero que jamás barrían. Las Audilio se comían los animales muertos que botaban a los basureros.

—Que saquen los mondongos que se les queman —las molestaba Cielito Lindo cuando pasaba con su carretilla de trinitarias si había trinitarias o de napoleón si había napoleón.

Las Audilio que eran unas mujeres que no conocieron hombre vivían de la caridad.

Jesús Armas le preguntó:

—Bachiller, ¿no ha visto mi mula por ahí?

El bachiller Solano que era del color negro y se vestía con ropas negras muy ajustadas y nunca dejó de llevar su pompón de cinta negra a la manera de corbata, se tocó la frente.

—Ah. Déjeme recordar. Allá donde yace aquel oasis resplandeciente cuya cúspide está coronada por el Divino Madero, allá la vi.

El bachiller Solano tenía unos dedos largos y lisos como cambures pasados. Lo único que no tenía del color negro el bachiller Solano eran las palmas de las manos.

La niña Merceditas Alfonzo Rojas desechaba mirar los ojos del bachiller Solano.

54

Diego Pico o Pino Rico, porque de ambos modos se apellidaba, labraba barcos blancos no más grandes que su brazo tatuado y les encolaba después la arboladura.

Cuando la cola se les secaba se embarcaba en ellos y se iba a la mar. Diego Pico o Pino Rico se construyó una atalaya de palos de indio desnudo y pasaba horas y horas mirando navegar su flota de veleros de vela.

No se merecía que le pusieran el sobrenombre de Muriquito porque Muriquito no hacía nidos en la tierra para poner sus huevos como el pájaro de este nombre. Lo de moteaíto sí le convenía.

55

Miguelina guarda en su ropero un traje de pastora, un sombrero de pastora y un pandero de pastora.

Miguelina nos pica el ojo y le canta al Niño como si fuera ella una paraulata.

No hay seis de enero en que Miguelina no se vista con su traje de pastora, no se ponga su sombrero de pastora, no haga sonar su pandero de pastora.

Miguelina adora al Niño y no se sonroja cuando al vestir al Niño, porque Miguelina es quien viste al Niño, descubre que las arañas tejen sus telarañas entre los genitales del Niño, que Manuel Santiago de los Ríos los pintó de rosado como si fueran de verdad.

Miguelina tiene dos corazones en el pecho y cuando le canta al Niño los dos corazones le saltan en el pecho, de lejos.

Miguelina no es el amor pero se le parece.

56

Don Tito Serpa no cabe por ninguna puerta y tiene que agacharse. Don Tito Serpa no se quita el liquilique y teje las mejores riendas de crin. Los días en que no hay clases, que son todos los días desde que no tenemos maestro porque el maestro que teníamos se sacó a Gualteria y lo protestaron, yo me voy a ayudar a Don Tito Serpa a hacer riendas de crin. Don Tito vive en una pieza al fondo del traspatio de la casa de Mamachía. Don Tito y Mamachía son familia por los Serpa. Mamachía era Rojas Serpa.

Don Tito extrae una petaca con sus hierros de tejer riendas de crin y extiende sobre una loneta una montaña de crin. A mí no deja de darme curiosidad de donde saca tanta crin Don Tito. Sus manos empiezan a tejer y cuando ya tiene tejida un pedazo me da el extremo y yo empiezo a caminar de espalda mientras la rienda se prolonga en sus manos con una habilidad de acure que come. Así hasta que yo llego reculando hasta la esquina y ya la rienda queda lista. Después de esto Don Tito sólo tiene que coserle el extremo para que no se suelten los hilos de crin.

Don Tito me paga la ayuda regalándome pollitos que saca una gallina que siempre tiene echada en un rincón de su cuarto. Esa gallina es la única compañía de Don Tito. El maco que sembrara el tío Ricardo en el traspatio y que

da sombra a la habitación de Don Tito, una fresca oscuridad como la que da la iglesia todas las tardes, no es compañía. Ese maco le regala dulces frutos.

Cuando murió Mamachía ya Don Tito se le había adelantado. Al maco, que casi tocaba el cielo, lo talaron.

Don Tito era un silencioso Rey Mago de la infancia.

57

Nada nos conmovió tanto a los catorce años como la muerte de María, la niña pura del libro de Jorge Isaacs. Este tomito, encuadernado en cuero rojo, con cantos y tafiletes dorados había pertenecido a la biblioteca del abuelo Ricardo Alfonso, y lo hallé en uno de sus baúles en la habitación frente al tanque. Solamente esas paredes saben cómo lloré durante el proceso de enfermedad, muerte y entierro de María.

Entonces cuando iba al cementerio de arriba a visitar la tumba de Edda Eligía, la hermanita muerta, me parecía ver la misma siniestra ave negra posada en el brazo de hierro de la cruz. Al yo acercarme, el pajarraco levantaba el vuelo graznando lúgubrementemente.

Mi mayor felicidad entonces hubiera consistido en que la tuberculosis acabara con la hija de Narciso Blanco, pero los Blanco eran tradicionalmente una familia de gente sana.

Nomeolvides Blanco, la hija de Narciso Blanco, comerciante de sal y de pescado, me mandó a decir una vez, un Jueves Santo de 1934, con su hermanito menor, que le escribiera un papelito de amor. Yo no lo hice por pena, y desde entonces temía encontrarme con ella.

Nomeolvides Blanco es la mejor alumna de la escuela de hembras y colecciona ampollitas vacías para hacer cortinas. Las de su casa son todas así y cuando alguien entra o sale de las habitaciones de la casa de Nomeolvides Blanco deja tras de sí un susurrante rumor de vidriecitos golpeados.

Narciso Blanco aspira a casar a su hija con alguien de porvenir y en casa saben que el porvenir no consiste de necesidad.

59

Don Cándido Rojas venía siendo nuestro bisabuelo. Del matrimonio de él con Lucía Serpa viene Mamachía. Todo lo que Mamachía recordaba de él era su condición de hombre. bueno, trabajador y prudente. Usaba una capuchita y no se metió ni en guerras ni en revoluciones ni en política. Era tallista y labró muchos santos de encargo. El crucifijo del altar de Mamachía era de él. Enferma Mamachía, Tura le prendió una vela y el viento la tumbó sobre las macetas de flores inventadas de papel. Cuando corrieron por la humareda el crucificado se medio había chamuscado y por más que Tura lo raspó y le aplicó sapolín no se le quitaron las cicatrices. Yo lo conservo como una reliquia.

Don Cándido Rojas labró también el crucificado de la iglesia de Clarines; ahí pueden verlo. Las manos y los pies son como de verdad pero la peluca le tapa la cara y hay que apartar los rizos para descubrirle los ojos cerrados y la boca desdeñosa. Esa peluca es el pago de una promesa. Don Cándido Rojas, pues, tenía habilidad para el sufrimiento.

Don Cándido Rojas talló una paloma del espíritu santo que comía maíz cariacó. Él explicaba, usando una copla popular antigua, que pintarla era una facilidad, que la dificultad estaba en abrirle el pico y que comiera; y se fabricó una con un mecanismo que le permitía vencer la objeción del trovero. Los granos de maíz cariacó desaparecían en el buche del ave. Qué bueno que no

ensuciaba la paloma de Don Cándido Rojas. Un día ya no la tuvo en su poder y el bisabuelo contaba que se le había ido volando. La vendería.

Palomas y cristos ornan como en un friso de la ingenuidad este pasado. Por eso mismo creía Mamachía que su padre estaría por siempre sentado a la diestra de Dios y nosotros se lo seguimos creyendo todavía.

60

La reja del balcón ubicada sobre el portal de lo que fuera Palacio de Gobierno de Barcelona ostenta una justicia que antaño estuvo armada de balanza y espada. Ahora la pintan y no se le aprecian ni los pechitos.

Ricardo Alfonso estuvo en esa casa una de las pocas veces que vino a Barcelona convocado por el general Pablo Guzmán. El odiaba la ciudad pero nunca explicó los motivos. Salieron caminando desde el despacho presidencial hasta la calle, la mano del caudillo sobre el hombro del que fuera soldado de Zamora.

—Cómo se ve que la justicia es ciega —comentaría el abuelo señalando la figura de hierro que exornaba la reja.

—Yo lo digo a mi manera —le contrapuso el general presidente—. Yo digo que para coger guaraguaras hay que mojarse el culo.

Esa frase no se la quitaba de la boca Pablo Guzmán. Don Ricardo Alfonso lo recordaría ya viejo y adormitado por la morfina en su habitación penumbrosa.

61

La madre es implacable en vedarle a uno la lectura de Vargas Vila y a uno no le queda sino desobedecer cuando no advierte el trajín hacendoso de la ama de casa, esto es, cuando la madre se recuesta o se va al conuco a buscar cuarenta-días de las que sembró en la quebradita a la pata del quíisandal.

Uno devora entonces las páginas "...mas ¡ay! ni bajo la losa del sepulcro hallaría calma, porque, como al fratricida de la leyenda, si abriera los ojos en el fondo de la tumba, vería sobre él fijo, centelleante, severo, el ojo formidable de la Historia".

Palelo se ha aprendido de memoria la página 58:

"...y, en el fondo turbado de tus pensamientos, surgieron las escenas malsanas de las viejas orgías

y, tus manos vacías, se extendieron hacia mí...

y, me atrajiste...

y, me besaste,

y, me venciste,

perdoné tus agravios;

sobre tus labios,

sobre tus senos,

bebí el veneno

cálido y triste...
 que tú me diste...
 y, abyecto, y miserable y sin Honor;
 el Placer me venció, que no el Amor...
 y, en los brazos mefíticos del Vicio, celebramos el nuevo
 Esponsalicio...”

Y Palelo se pone a recitar la página 58 hasta que la emoción lo hace toser.

A los catorce años uno no entiende qué hacen Cicerón, Demóstenes, Isócrates, Dantón, Robespierre, Desmoulins, Tácito, Arlequino, Pantagruel, Pericles, Anacreonte, Platón, Dante, Atila el que exhaló el postrer suspiro sobre el vientre de una cortesana, Tiberio, Virgilio, Ovidio, Santo Domingo de Guzmán, Bonaparte, Medusa, Cristo, Byron, Luzbel, Caín y Montalvo en un recuerdo de Juan Ramón Uribe, el general Joaquín Crespo o José Martí, no será como supone Palelo que son nombres de perros.

—De verdad —insiste Palelo, llenándonos la cara de saliva—. A Joaquín Crespo le espantó el caballo Ana... tal vaina. Si no no lo joden como un pen-dejo.

Hay que devolver las hojas una a una para redescubrir a Anacreonte.

—No es un perro, Palelo.

—Y si no es un perro ¿qué otra vaina puede ser? —se irrita Palelo.

Treinta años tiene Palelo de muerto y esa distancia me niega la posibilidad de irle a explicar quién es Anacreonte que no fue un perro de alguna raza del Cauca.

Palelo hablaba y escupía a la gente. A Palelo había que hablarle de lejos.

A Palelo su familia lo tenía siempre de peón, y con eso se economizaban el gasto del peón. Palelo no conoció ni madre ni padre ni hermanos. Palelo es el peón de sus tíos.

Palelo envenena cueros, Palelo carga la leña, Palelo atiende en la bodega, Palelo lleva y trae los burros, Palelo busca el agua, Palelo ordeña, Palelo se acuesta a la media noche y se para a las dos de la madrugada, porque después que cierra la bodega Palelo desgrana el maíz o patea el frijol o desparta los granos de maíz de un saco de caraoatas que los tíos le mezclan intencionalmente para que Palelo se entretenga a la luz del carburo.

Y aun así a Palelo le sobra tiempo para aprenderse de memoria a Vargas Vila.

Palelo es como la polvorosa para nosotros: blando, bueno y dulce, aunque nos llene de saliva.

63

Cavó y cavó hasta que la chícura se hundió en algo blando.

Era otro cadáver.

Lo iba a coger el día si no se apuraba. Entonces cargó el muerto y lo volcó en la fosa, pero antes con el mismo cabo de la chícura le deformó el lado de la cara donde mostraba el balazo para prevenirse de que ese rostro no se olvidara de él. Después de todo, el único que tenía un revólver de ese calibre era él.

Llenó el hueco hasta el nivel del suelo. El resto del montón de tierra lo botó en el caracueyak

Con una rama de olivo borró huellas y señales del entierro.

Por ese trabajo apenas si obtuvo un saco de sal y una morocota que no se atrevió a cambiar para no llamar la atención y acabó bombeándola en el río.

Ni siquiera la sal pudo aprovechar. Cada vez que sacaba una totuma la veía rezumando sangre.

La Topotopo recuerda la malvácea de este nombre, porque, no elevándose del suelo sino lo indispensable para alcanzar los límites del aire, carga más de lo que puede. La carga de la Topotopo parece no pesarle pero no hay quien no se la alabe y no se la dispute.

La de la Topotopo es grande, redonda, más que blaucuzca azulienta será por las venillas. El extremo se le confunde con una guayaba jecha.

Esta parte de la Topotopo ella no la disimula sino que la exhibe tranquilamente sin ningún pretexto como no sea el calor a pesar de que nadie que no sea ella se queja del clima. Con su tía, a la que se le quejan de que la Topotopo es una perdida, la Topotopo a su vez se queja de envidias.

Nadie podría describir o recordar hoy a la Topotopo por su cara con apenas el canino y un molar ni a sus piernas que nunca tampoco regateó, que eran cambas, cortas y con demasiadas huellas de loras. La naturaleza de la Topotopo residía en aquel excepcional privilegio.

La Topotopo es la responsable de que la escuela Manuel Ezequiel Bruzual no mejore su aplicación. Donde la conciertan no dura y la causa es que la Topotopo distrae las horas de estudio del alumno con su provocación.

Ahora mismo mientras ensayo la conjugación del verbo haber, la Topotopo, sin nada encima bajo la luna, extiende en el alambre la ropa que ha estado

lavando. Mis ojos no se concentran en la apretada letra de la gramática, por más que hago.

Mañana el maestro Amundaray con su implacable dedo índice me señalará como el más desaplicado de la clase.

65

No se le daban las criaturas porque ella se las privaba con raíz de mato.

En las casas no aceptaban mujeres con hijos porque dos bocas consumían más que una y generalmente los tiempos eran de escasez.

No era machorra; lo contrario.

Alegaba que las ánimas solas eran siete viudas todas virgo que no hacían sino rezar de noche y día en castigo porque no quisieron nada con Dios. La que era bizca era la mayor aunque nadie sabría distinguirlas una de otra porque todas se la pasaban cerradas de negro y las cabelleras les escondían totalmente las intenciones.

66

El solo recuerdo del nombre de cara de tal asunto con el que se nombraba un extremo del cuerpo humano, sonrojaba a la familia, que se creía lo mejorcito del pueblo, y no era así, a pesar del apellido y de su condición de hijos legítimos.

Sería por eso que no lo pusieron en la escuela ni que le enseñaron un oficio ni salía de la casa.

Así vivió, reducido a la galería donde estaban los retratos de marco ovalado sobre los escaparates de la biblioteca, de frente al patio de nísperos donde nunca dejó de haber pájaros en cantidad que ahí entre las ramas oscuras hacían sus nidos y cantaban.

El abuelo de él había sido preceptor y sus hermanas nunca se casaron por cuestiones de moral absoluta.

Se ahorcó con una pita de una solera pero ni siquiera por eso convinieron en llamarlo de otro modo.

67

A Rufina le asignaron el cuarto frente al treyolí, que estaba lleno de cajas con las cosas de tío Ricardo.

Rufina se desvestía sin importarle que la estuvieran viendo o no y como además de las cajas metieron unos espejos en el cuarto, Rufina siempre tenía más de dos piernas, dos pechos, dos brazos, una espalda, una cabeza y otras obscenidades.

En aquellos que eran unos huacales de madera con su contenido identificado por fuera con la fina y adornada caligrafía del tío ausente se guardaban negativos de vidrio, probetas, frascos de ácido, un teodolito y una serie de botellas aplastadas con cristos dentro. La etiqueta de una de estas indicaba que contenía helio del cometa Halley, pero no transparentaba nada.

Rufina como que tuvo allí unos mellizos que nunca dejaron de llorar y de quejarse hasta que no se oyeron más, y ella como si tal cosa. Por la ventana de balaustres junto al treyolí la sombra de la enredadera no dejaba entrar mucha luz al cuarto, pero bastaban los resplandores de los espejos y ahí por casualidad siempre estuvo como adherida la desnudez de Rufina.

A Mamachía como que no le gustaba esa muchacha aunque no lo comentó nunca.

68

A Diotima la trajeron de Guaribe Tenepe y no le daba la gana hablar. La llamaban y no contestaba aunque no dejaba de hacer el oficio que le mandaban. Nunca aceptó ponerse alpargatas y como prefería estar descalza andaba por toda la casa y no se le sentía.

Diotima era una india y Tura la vivía comparando por lo bonita con una figura de un libro de la biblioteca del abuelo. Los indios caribes como que se llamaba.

Diotima arrancaba cundiamor y se lo echaba por encima y las hojas, las flores y aquellos frutos que cuando maduraban se abrían como pétalos impedían que Diotima apareciera como estaba, sin la única ropa que tenía. Los camisones que Tura le compró, Diotima los enterraba o los hacía tiras y no se los ponía.

Diotima se comía verdes las guayabas y no dejaba madurar las mandarinas. Tura la regañaba por eso.

Una mañana la llamaron y la buscaron y Diotima ni contestó ni apareció. No estaba en el traspatio, junto a las bardas que el cundiamor revestía. A Diotima se la tragó la noche esa que recién había trascurrido y ni siquiera se pudo mandar un recado a Guaribe Tenepe porque era invierno y la línea del telégrafo estaba mala a consecuencia de un rayo que tumbó un cereipo sobre los alambres. Las mandarinas sí que cargaron ese año.

La madre que reza aquello de aplaca señor tu ira, tu justicia y tu rigor y el invierno que no cesa y la tempestad que no debe haber dejado palo intacto en esas montañas del sur que es de donde vienen los temporales. El padre que no ha terminado de extender los periódicos en el suelo. Y ahí mismo se sintieron reptar sobre el papel los innumerables miriápodos que el agua sacaba de sus cueverones.

Todos en la cama de la madre gritábamos al padre. El venía y entonces con un palo de escoba les machacaba la cabeza.

Los ciempieses eran marronuzcos y cada segmento parecía una semilla de las más grandes de tamarindo. La madre recomendaba meterlos en ron para aplicaciones. No se botaban por eso.

El padre guardaba en el verano todos los Nuevos Diarios que recibía por el correo para prevenimos de picadas de ciempieses en el invierno.

Después vino el ddt y podíamos dormir tranquilos durante esas fragorosas noches de tempestad, pero ya el correo no traía. El Nuevo Diario. Tampoco venían los cincuenta números de Caras y Caretas, que entonces el padre colocaba por suscripciones.

70

Se lo sentía a la distancia batallar con el barro de la quebrada de Maraca, ruuuu, ruuuu, ruuuu, y los cauchos se hundían más y más en el barro hasta que el motor se recalentaba.

Ese carro llevaba al doctor Rodríguez muerto para ser enterrado en Píritu, y a los tantos años del suceso que la madre nunca dejó de llorar, no había noche de invierno en que no se produjera aquel ruido de la máquina pegada en las bombas del paso infernal.

La gente se imaginaba cosas por no dejar. No era un ahorcado que pendía del jobo. En ese jobo no se ahorcó nadie. Era el carro del doctor Rodríguez, muerto de un tiro, muy sonreído en su urna negra como si no hubiera pasado nada.

Cuando replantearon la carretera, el viejo camino se desechó. Los camioneros bautizaron el paso de Maraca La última noche. En el barro de la quebrada se siguieron atascando los vehículos, ruuuu, ruuuu, ruuuu, pero el médico inolvidable descansaba al fin en la paz de Dios.

71

Un castaño melao cabos negros y que era y cuando no había luna en el cielo y el largo verano atizaba fuegos fatuos y humaredas entraba al pueblo por La Cruz de El Zorro, ensillado, la rienda suelta, el cadáver que no había logrado zafarse del estribo golpeando con la cabeza las piedras de la calle, taca, taca, taca, taca, taca, hasta que llegaba al arenal del bajo de Portillo y cogía el camino del cementerio donde no había sino cruces blancas.

Seguro entonces que los zorros con malderrabia rodearan al pueblo y esperaran atacar a las personas que por la fuerza tenían que salir de sus casas por alguna necesidad. Entre los palos del corral de los cochinos, entre las matas de reseda o cardosanto acechaban aquellos ojos tenebrosos, aquellas virulentas fauces. Hubo entonces quien optó por hoyar sus excusados dentro de las casas.

Aullaban hasta que el sol los encandilaba y los hacía huir hacia los mayales de Conopocón y Cuatro, que en esos meses no dejaban de arder. Las mismas lagunas se secaban y se convertían en un esterero de corronchos y guabinas muertas.

Abrió los ojos y entonces la ancianita lo mandó a estarse tranquilo. Le ardían los ojos y se sentía como unas brasas los labios.

—Tómese la agüita —y le volcaba en la boca algo como un barro líquido. Se sentía como escapado de la candela.

Era un rancho de paja y estaba sola con aquella mujer de medioluto y moño de pelo canoso hecha una sola arruga.

Al rato fue cuando vino a darse cuenta de que las figuras del tabique no eran sino billetes de banco, uno al lado del otro, la punta de ganado la misma con los mismos jinetes a caballo, aunque diferían los seriales. No se atrevió a contarlos.

Trató de separar uno con la uña, pero no, estaban adheridos.

La ancianita hablaba de lo bonito de las figuritas, algo hablaba también de que se los encontró en plena sabana, en unos bolsones.

—A alguien que se le cayeron de una bestia. Estos soles son muy bravos.

El agente viajero no sin esfuerzo calculó que entre el momento en que no se pudo seguir manteniendo sobre la bestia y este debieron transcurrir muchos días.

—Yo lo daba por muerto, pero el poder de Dios es muy grande.

El agente viajero le costaba trabajo precisar si eran treinta o treinta y cinco mil pesos.

Entonces la laguna de Uñare era salina y laguna. Era laguna en el invierno cuando la rebasaban las aguas del río que tenía su nacimiento, decían, en la vía a La Pascua, cerca de Pariaguán, y de ahí hasta su estuario, en donde la esperaba la mar, las aumentaban los caños y las madre viejas, la tierra de Ipire, la tronitosa entrega del Güere, que cuando crecía parecía excavar las barrancas, y hasta el Aragua les suplía su parte. Era salina en el verano, cuando de tanta inmensidad quedaba sólo una poza al pie del morro. Entonces, de la restinga a la otra orilla de El Alambre no había sino sal y una sabana de vientos, toda resquebrajada.

El gobierno puso celadores de resguardo que llamaban en sitios estratégicos del litoral, desde Bocaunare, donde vivieron los otros Rojas, hasta Bocauchire, donde Jesús María Alcía mantenía un próspero mayor y detal de mercancías secas. Su casa y la de temperamento de los Alfonso Rojas eran las únicas de tejas y todavía lo son.

Los contrabandistas de sal venían del negocio de ganado, que pagaban mal pero pagaban por recoger la sal en el verano y entonces la almacenarían secretamente para venderla en el invierno al precio que querían. Todavía en 1918 no venía la sal de Araya. El camino real a Guaramaco estaba lleno de furtivas

tumbas de celadores de resguardo; no ve que los velaban para tener acceso a los yacimientos. Total, la vida no valía nada.

Pero no fue por eso que detuvieron al general Botaro, Botarito. Al general Botaro, Botarito lo llevaron detenido a Portugal y ahí y que se ahorcó con una sábana. Botaro, Botarito es un muerto de Nicolás Rolando.

El negocio de Botaro, Botarito era de carbón de Las Minas, no de sal.

El general Botaro, Botarito era muy cristiano y nunca se separó de su Biblia.

Los comerciantes de sal tenían otros nombres de mucha influencia en el gobierno, y hoy todavía hay que mantenerlos en secreto, porque se ofenden sus deudos.

74

Uno lo esperó en el zaguán, uno en la puerta de la sala, uno en la boca del desaguë para que no se fuera, y los demás lo persiguieron en el patio con piedras y con palos. El perro de Miranda quería asustarlo a uno con los dientes, pero de nada le valió, y de nada valió que la madre gritara que lo dejaran quieto. Se opuso, pero de nada le valió y no lo matamos, se mató él tratando de saltar la pared y cada vez que saltaba se golpeaba con las piedras. Le temblaban las patas como si estuviera envenenado y en una de estas vomitó y botó la palomita, para qué, si nos costó trabajo reconocerla.

Esa palomita guarenera atendía por su nombre y lo seguía a uno por todas partes.

La enterramos y le pusimos una cruz de palitos y le sembramos flores de caléndula en la tumba. Los ojos se nos pusieron como unos carnijones de sangre de tanto llorar.

El día de la resurrección de la carne y la vida no sé que vamos a hacer con tantos animalitos que enterramos en el patio de la casa de Clarines bajo la mata de pinopi- no donde dormían -las gallinas que después se secó.

75

Ya grande, apuntándole la caramera, Bijou prefirió el frijolar del conuco, que entonces estaba lleno de vainas tiernas, a seguir viviendo con nosotros en la casa. Le gustaba lamerle a uno las manos con su lengua áspera y dormía a los pies de la cama de la madre en el cuarto al lado de la esquina.

Ya no regresó más y cuando nos olfateaba alzaba la cola blanca como si fuera una mota de algodón del que ahí se daba y era muy rendidor pues con poco se llenaba un saco. Entonces corría de un lado a otro, alborozado.

Debió haber hecho amistades, pues además de la huella de su casco descubrimos otras apareadas a su paso.

Máximo Cumache vino a avisarle a la madre y no quisimos verlo cuando lo trajeron con la herida de los guáimaras en el cuello.

Preferimos encerrarnos en el cuarto huyendo de su muerte. La madre entonces le pidió a las ánimas que castigaran al asesino. El hombre empezó a quejarse de una mala salud y se murió con aquel dolor del bazo, y ahí mismo, en el moriche donde se acostó para no pararse más, lo enterraron. Yo creo que eso a nosotros nos alegró un poco.

76

—Coge estos cuatro ríales y me cargas esta cama —le propone Rindoblao a Cielito Lindo.

Cielito Lindo frena la carretilla de flores, se acomoda el sombrero de cogollo en aquel como extremo del papelón que fundían en Murgua, que era coloráu-zco y lo raspaban con la uña y le quedaba la marca, con lo que probaban su calidad, que de esa forma, aspereza y tono consistía la cabeza de Cielito Lindo, se ajusta el pantalón hecho puro remiendo a la cintura, si es que se puede decir que tenga cintura este Cielito Lindo tan peripatético, y, como siempre, no deja de preguntar pa qué, pa qué, pa qué.

—Cómo pa qué. ¿Y pa qué se inventaron las camas, pendejo? Pa uno morirse, pa uno acostase con una mujé, pa uno nacé.

Cielito Lindo no es el bobo que no discierne si el interlocutor está en vísperas de velorio o lo contrario, de alumbramiento, y con los ojos entornados y una cara de felicidad, se le para a Rindoblao:

—¿Y te vas a sacá una mujé?

—Ah vaina, Cielito Lindo.

—¿Qué mujé, ah? ¿La hija de La Chola?

Cielito Lindo obstina, y Rindoblao conviene al fin.

—La hija, no, a la misma Chola, pero no lo repitas, carajo.

—¿Esa vieja? ¿Y por qué no la hija, Rindoblaio? A esa vieja no le cabe ni un capacho.

—No me llames Rindoblaio.

Total que Rindoblaio tiene que aceptar subirle el precio a Cielito Lindo a cambio del servicio y de su silencio. Cielito Lindo desocupa la carretilla, que no es de hierro sino de palo, poniendo las flores en la orillita de la acera, carga la cama, la acomoda y la amarra con unas cabuyas que se saca del interminable bolsillo de su pantalón y encima vuelve a acomodar las flores, se ajusta otra vez el pantalón que está a punto de caérsele, quita el freno, con un chasquido de la boca, y la carretilla empieza su ruidoso golpeteo sobre el empedrado.

—Oigan esto —casi grita Cielito Lindo—. Oigan esta vaina. Rindoblaio se va a sacá a La Chola y aquí le llevo la cama. El pendejo de Rindoblaio prefiere la vieja a la hija, y le va a montá casa pa ponerse a viví con ella.

Cielito Lindo casi tartamudea con los saltos de la carretilla sobre el empedrado, y los gajos de flores se le salen y él los recoge una y otra vez, mientras grita a lo largo de la calle y Rindoblaio para sus adentros le guarda aquel rencor.

Todos los días sin faltar ni el domingo ni los días de fiesta nacional que consisten en poner en la jefatura la bandera desteñida y hedionda a orines de murciélagos para que se oreo al sol y se le acaben de ir los olores, Cielito Lindo recorre las calles con su carretilla de palo llena de flores de la trinitaria, del napoleón, de la amapola, de la clavellina, que renueva todas las mañanas. Si le sale un viaje lo hace. Lo que Cielito Lindo no sabe es guardar los secretos, a excepción del suyo, que es lo único que inconscientemente Cielito Lindo protege de toda mirada y de toda curiosidad propias o ajenas.

El pelo como el de Lisé González, que algunos junios viene de Caracas a saturarse del olor campestre de la bosta, el mastranto y el jazmín, a la garzón, como se ufana la moda, según él mismo se le confía a Miguelina, que estuvo en el comité; meloso, fluido, demasiado educado, haciendo sonar sus pulseras de oro con recuerdos de Clotilde y Hortensia, de zarcillos, collar y demasiadas sortijas de piedra además, en orejas, cuello y manos delicadas, el poeta colombiano Raúl de la Vega escandaliza a la gente de buena familia cuando en la recepción en La Cruz de Belén declara, mientras se seca el sudor de sus pronunciados frontales y de su enorme nariz con una ropa interior de mujer, que el sagrado vínculo del matrimonio no es sino la unión de dos mucosas.

Lo alojan en la sala grande de la pensión Familia, donde se hace llevar rosas rojas y Miguelina tiene que estarlas zanqueando donde no las hay, hasta que logra reunirle cinco, y en la despaciosa habitación el extraño huésped se encierra a solas con su numen para producir luego, en la noche, aquella inspiración que comienza:

Este pueblo es simbólico, Clarines
y la leyenda que a su nombre aúna
nos hace recordar que ha sido cuna
de antiguos y aquendes paladines.

A los principales les duelen las palmas de tanto aplaudir y hasta el párroco se hace lenguas de aquella cabeza prodigiosa: Raúl de la Vega enaltece los anales del Distrito y antes de su visita la historia no registra fasto semejante, con lo que le cobra al obispo la crítica a ciertas debilidades de su ministerio que el prelado eminentísimo estampara en el libro de visita.

Esa noche Raúl de la Vega no pega los ojos, no tanto por el insomnio de que se queja sino porque aún sin apagar la vela una extraña mujer ha penetrado silenciosa mente al cuarto y ha permanecido a su lado sin pronunciar palabra.

—Era cual céfiro importuno —la describe el poeta.

La madre asocia esta presencia con la aparecida que no dejó dormir al agente de los laboratorios Behrens, con Ramón Ignacio Alcalá, que le anunció su fin a Rafael Armas en ese mismo cuarto, con ciertos ruidos sobrenaturales como los que asustaron a Lisé González la última vez que vino a las fiestas patronales, con unas luces que a veces se ven como reptar entre aquellos ladrillos, y de que tanto hablaba Portillo, que también vivió en esta casa en 1929.

Raúl de la Vega se excusó con muy buenas palabras de dar su segundo recital y Clarines recuperó su oscuridad.

78

Pelito reparaba la casa de los Botaro, que ya llevaba como veinte años sola, y empezó a oír como un hombre que se quejaba. De habitación en habitación, apartando los murciélagos, llegó a la galería donde se había muerto el muchachito de Tos Botaro y eso le extrañó bastante porque el que se quejaba era un hombre. A la pared que daba hacia la caballeriza se le había caído la culata y el agua había escombrado los adobes.

Entonces Pelito dio con la botijuela llena de riales que le mandaba Dios, la rompió y se la encontró atestada de pesetas de a cuatro y de a cinco, pero estaban todas mohosas.

Sin decirle nada a nadie Pelito se buscó ceniza y limón y se puso a limpiar los riales. Les daba y les daba con un trapito con limón y ceniza y las pesetas se les deshacían en las manos y no cogían brillo. Total, que no le quedó ni una.

Pelito ni se cuidó de esconder los tiestos rotos, pero tampoco quiso continuar con el trabajo y entonces se buscaron a otro, que tuvieron que traer de Píritu.

El hombre que estaba terciando su mezcla cuando oye quejarse a un hombre. Empieza a buscar en toda la casa y llega a la galería, ahí ante sus ojos está la botijuela, le mete la navaja y la botijuela se abre como una piñata que en lugar de sapos o palitos de pepermín tiene adentro monedas de a cuatro y de a

cinco como si salieran del cuño o alguien recientemente las hubiera limpiado con limón y ceniza. Total que el entierro no estaba para Pelito.

79

Bolívar viene en retirada, perseguido por el indio Chaurán, que lo mandó Jiménez, mientras Jiménez recoge el parque que dejaron los patriotas.

Se mete al pueblo por la que llaman la Calle El Sol, remontando el Cerro de Los Chivos, por ahí viene la caballería con Bolívar adelante, de colorado, blanco y oro, dobla en la esquina de la casa que después fuera de Mercedes Alfonso y por ahí parten hacia el bajo de Chacín, buscando el sur que es por donde queda el camino real de Orioto y de Zaraza, por donde viene el ganado de El Chaparro.

Al ruido salen las Sifontes y la menor de ellas que fue la abuela de Gertrudis Sifontes, que era una chaporretica bonita, le dijo adiós a Bolívar con la mano. Bolívar paró el caballo y aprovechó de pedirle agua. La muchacha corrió y se la trajo en una taza de orilla azul. Bolívar bebió y agradeció el favor. Ya el indio Chaurán subía El Cerro de los Chivos, se oían cerquita las descargas, y Chamblain había botado mucha sangre.

Las Sifontes guardaron la taza como un tesoro. Para uno la rota de Los Barrancones está contenida en la porcelana que las Sifontes mostraban tan orgullosas.

80

Mosquito era albino, pero no por eso, porque le enceguecía la luz, desaprovechaba la oportunidad a que era tan aficionado y por lo que todo el mundo, menos su madre que andaba de ordinario con un ojo abierto y el otro cerrado, le despreciaba.

Mosquito se ponía a cazar cuando las mujeres se desvestían en el paso para después ponerse a hablar de que La Topotopo es peor que una mata de lechosa, que a La Chola le secaron los pechos tanto muchacho o que a La Tigana apenas si le está naciendo el vello. Mosquito es como transparente, incipiente y deleznable y será por eso, por sus dos debilidades, que se la pasa inventando lo que vio y no vio, porque no es verdad lo de La Topotopo: una mata de lechosa carga mucho más y la descargan y vuelve a cargar. Ni es verdad lo de La Tigana, porque La Tigana siempre tiene como un quiache entre sus piernas y esto no es ninguna novedad.

Por andar siempre sorprendiendo la vida ajena fue que a Mosquito le sacaron el ojo y ahora está igualito a su mamá, con uno abierto y siempre resistiendo a la luz y otro apagado.

Mosquito espera que el río baje y se pone a hacer mujeres de barro, tal como se las imagina, con unas caderas como las de las muías y los pechos como unas guayabas maduras como las que a veces trae Portillo, que son como unas peras, de pulpa roja y muy dulces. También les pone nariz, ojos, boca y pelo y encima las adorna con gajos de uverillo, que es entonces cuando hay cosecha de uverillo.

Con barro, agua del río y su imaginación, Mosquito se fabrica estas muñecas escurridizas que Mosquito no deja secar y por supuesto no resisten el peso de su cuerpo.

Mosquito lleva su osadía hasta los extremos de calumniar a La Yilé, Según él, su maestra fue La Yilé; no ningún Niquillo, ni ningún Jiménez, ni ningún maestro Barreto, no oh.

82

Roncho me cargaba en sus hombros a buscar uverillo por los barrancos del río, cuando el río bajaba y entonces maduraban los gajos de uverillo.

Roncho cuanto posee es su carcajada y su inocencia. No trabaja porque tiene la propiedad de la sombra de todos los palos de la orilla del río y de toda cuanta fruta producen estos montes.

Roncho no quisiera que uno recordara la vez que lo pusieron en el caso de irse a Caracas a buscar qué hacer. Eso fue el 37 y estaban saqueando las casas de los gomecistas. Nadie sabe cómo Roncho se vio metido en un tumulto y así llegó hasta la que fuera residencia de Eustoquio Gómez, pero ya la gente había cargado con todo y Roncho sólo halló un pesado aparato que tenía forma de recipiente arriba, un orillante y solemne objeto adornado además de llaves niqueladas que le costó Dios y su ayuda desprender. Con ese botín bien embalado Roncho huyó de Caracas.

Emplazado como retorta de un increíble laboratorio el artefacto desconocido en plena salita de su casa, Roncho presumía de la omnipotencia de aquel misterio que no ubo a quien no sorprendiera. No quedó nadie sin entregarle a Roncho su parte de asombro y estupefacción, de miedo y azoro. Roncho conocía la fama.

El agente de Behrens fue quien devolvió a Roncho a la realidad de su orilla de río soledosa. El agente identificó en el espectacular invento al bidé, pero aun así la gente no comprendía y hubo entonces que explicar el uso, y Roncho desde entonces conoció la humillación. Después fue que recuperó su carcajada y con ella, como si fuera dinero en el bolsillo, ha estado viviendo hasta ahora.

83

Los filisteos sobrevivieron al derrumbe del techo de la iglesia donde estaban cogiendo unas goteras.

Hermanos los tres y cada uno de ellos tenía la fuerza de los tres.

El maestro José Ramón Camejo, que se fue a morir de tristeza en Clarines, no de senilidad como asentaron en la papeleta, fue quien los bautizó así.

Desde entonces los filisteos cojeaban y se quejaban de que las costillas les dolían cuando levantaban peso.

A Gerónimo García lo cogieron porque la tropa lo dejó solo. El hermano de Manuel Monserrate Armas lo cogió entre cuatro fuegos, aprovechando que habían hecho un alto para asar unos pescados, no ve que tenían más de dos días sin probar bocado.

Gerónimo García se rindió y sus hombres se dispersaron entre esos cujizales de Purgüey, buscando la vía de La Candelaria.

A Gerónimo García le pegaron un mecate y lo echaron por delante hasta la Sabana y como estaba lloviendo tuvieron que celebrarle el juicio dentro de la iglesia.

Lloraba amarrado al pie del púlpito cuando le leyeron la sentencia y no le cesaban de correr las lágrimas después de la descarga.

Si la tropa de Gerónimo García no se va detrás del comandante Uriepero tras de una mina de oro de que tuvieron noticia en la quebrada de Panapo, que eran tierras de Lorenzo Bustillos, Gerónimo García todavía estaría asolando esos montes.

Del comandante Uriepero se perdió la chaza.

85

Al comandante Bustillos, que había peleado al lado de Ezequiel Zamora con Don Ricardo Alfonso, lo tuvieron que enterrar en la propia sala de su casa. Estuvo lloviendo una semana entera y el cuerpo se descompuso.

Cuanta vela le prendían cuanta vela le apagaban las mariposas, que venían del monte en espesas nubes negras. No se quitaba el fusil y los truenos removían la casa. Uno de esos centellazos iluminó la escena del velorio como si fuera de día y por un rato persistió el hedor del azufre.

La viuda y los peones pensaron en el diablo y no faltó quien dijera que al comandante Bustillos se lo llevó el diablo.

Embuste. El cuerpo siempre permaneció en la caja hasta que abrieron la sepultura y lo enterraron.

Esa y muchas noches más el ganado no cesó de mugir de una manera fea que atormentaba.

Todo se había desencadenado como esas tempestades sin presagios que a veces en el verano rasgan el cielo sin nubes con su llamarada amarilla, y la gente no tiene ni tiempo de recoger la ropa.

El secretario de la jefatura, que era un Augusto Rojas de apenas veinte años, cerró el libro de actas sin que suscribiesen la de aquel momento los contrayentes y las autoridades civiles (. . . y en tanto, por autoridad de la ley y a nombre de la república los declaro unidos en matrimonio ... y el pensamiento de ella erró en un vago malestar,, de si cabría fehaciencia en aquel comentario tan malicioso que emparentaba a su cónyuge con los animales de carga) cuando en esto el jinete se introduce a la sala y sacudiéndose el polvo de la cobija y las palabras de prisa advierte la repentina gravedad del familiar. Apenas si hubo tiempo para ensillar y seguir al mensajero y para que, seis ñoras más tarde, la noticia pusiera al pueblo en consternación. El Viejo Lucas la halló desnuda, a medio enterrar, bajo unas juajuas. El doctor Muñoz mencionó en su informe la profanación.

Este fue uno de los crímenes que le cobraron a Gerónimo García.

87

A María Amaricua la mató la cirrosis, según el diagnóstico que dio el doctor Andreani Pieretti, a quien le consultaron por teléfono a Onoto. María sabía que se moría antes que la mata de guanábana del patio cargara y me lo mandó a decir. Me mandó a decir que si se moría me salía.

En la madrugada, todavía despierto, sentí que desde el guanábano se desprendían aquellos como sépalos amarillos gruesos y pesados que anuncian la floración de los catuches.

Mientras corría buscando amparo en los brazos de Mamachía, que vivía en la casa de esquina de la que después la despojaron, me interceptó Isaac Sifontes, que llevaba la urna, y con cantos de gallos la enterraron.

La misma noche del matrimonio se le había muerto el marido, un adolescente lechoso y ácido como una botella de pichero, y ella, una mujer de más de cuarenta años, excesivamente alta, excesivamente delgada, y transparente de tanto polvo, lo exhumó secretamente y le erigió un altar en una de las catorce habitaciones de la casa donde abundaban los nísperos, le fabricó algo así como un monumento de los que le ponen al Santísimo los viernes santos, con su escalera forrada de raso y un florero en cada escalón, con su pasamanos de punto y encaje, y, en la última grada, rodeada de velas permanentes, entre rosas blancas y clavellinas rojas, entre matas de palma sembradas en latas, ubicó la urna, forrada de terciopelo negro, bien visibles las letras ARA QEPD.

Le entusiasmaban los jóvenes de bozo naciente y tenía sus mañas para atraerlos a la casa de catorce cuartos llenos de la sombra y el olor de los nísperos.

Les alentaba:

—¿Tú sabes lo que es el amor? No lo sabes.

Y los muchachos le huían, no por la puerta ni por el portón porque ella se los atrancaba, sino saltando la tapia que daba a un corral de chivos, y el padrote que era bizco y tenía un testículo negro y otro encamado los embestía. Una vez por poco no escagalera al muchacho tarajallo de Eumenides, la hija patacaliente del maestro de obras Juan Talisayo, que había sido profesor de

griego decía él en Cayena, un marroquí, javanés o sirio, que tenía carare y parecía eternamente disfrazado sin ser octavita de carnaval.

Esos no fueron los mejores carnavales, porque Juan Talisayo inventó lo del agua, la manteca de caimán rancia y el negro humo y pusieron el desorden. Se disfrazaron la octavita para enterrar el carnaval. La viuda del carnaval era Odila, la viuda de ARA QEPD, que se proponía olvidar a todos sus difuntos, para lo cual había hecho cortar todas las matas de higo del patio. Decía ella que era verdad, que en la casa donde hubiera una mata de higo seguro que vivía una viuda, y se ponía a contar una por una las casas de la viudez, desde La Loma del Viento a La Cruz del Zorro.

—La de Evangelista el manco, una. Le sigue la de Sapoculeco el botaguante, el que se cayó del campanario en plena epifanía, dos. La de Sotera, la de Noliberto, tres. La del alatrique, cuatro. La de Josefitalaquehacebocadillosdeguayababienbuenos, cinco. La del mamón, esa pendeja, seis. No es exageración. ¿Y Talmúnida? ¿Dónde carajo me la vas a dejar?

Carnavales carnavales los de Manuel Santiago de los Ríos.

Algunos papeles viejos son como los recuerdos inoportunos. No aceptan el fuego ni la horca. El hombre cumple su tránsito pero sus recuerdos y su memoria a veces sobreviven a la desesperación.

El avaro de Don Jesús María lo resolvió a su manera suicidándose.

90

Yo vi al avaro muerto sobre un catre. Ya lo habían bajado del mecate. Un peón ganadero le obstruía con una mezcla hecha de limón y cal los siete agujeros por los que se derrumbaría su mezquindad y su soltería.

Pero se secó, para no darle que comer a los gusanos.

A la mujer de Vitico Cedeño la denunció la pavita toporera. Vitico Cedeño llevaba años preso porque le hundi6 un cuchillo entre los intestinos a un maulla y la justicia, que es ciega, lo conden6.

Apenas caía la noche el toporero venía y se paraba en la mata de jobo de la india de la casa de Vitico Cedeño y ahí abría su pico negro de gavilán y se ponía a anunciar que la mujer de Vitico Cedeño estaba preñada. La mujer de Vitico Cedeño salía al patio y buscaba al pájaro gavilán para callarlo, pero el muy zángano se le escondía entre la noche.

92

Cruz Daniel, el último hijo de José La Cruz Brito y Luisa Cabello, de apenas dos meses y medio, murió el mediodía del miércoles 14 de marzo.

Lo mató la tojalá.

José La Cruz no estaba con él; y eso lo hirió más. Estaba en el pueblo zaqueando una ropa con qué enfirolar al angelito para que no se presentara ante Dios tan de mala apariencia.

—Los remedios no eran aparentes —pretextó, por única explicación, mientras lo amortaja, entre el llanto convulsivo de la madre.

El rancho de Brito y Luisa Cabello está en Salto de Piedra, en un recodo del río, a dos pasos del pueblo, frente a unas lajas donde el agua se alaguna. De aquí salió el entierrito, la liviana urna blanca a hombros de otro niño que se ofreció voluntariamente para ello, atrás el padre con la chícura, un vecino con una pala, y los ojos de la gente siguiéndoles bajo la lluvia. El encalado del cajoncito se fue cayendo con el agua y manchó la camisa del cargador. Porque ese día se apreció el aguacero.

A la entrada, junto a las primeras casas, la ceiba desgajaba aquellos como algodones que ensombrecían la luz y enfermaban a la gente de la nariz y de los pulmones.

El cementerio siempre estuvo enmontado y al cadáver insepulto le crecía el pelo como a todos los matojos.

Juana Corito sintió el peso de la mano sobre la cintura y cuando se levantó con hojas secas en el pelo, con hormigas recorriéndole la piel, con pelusas de ceiba entre las piernas, lo despreció:

—Condenao.

Ella no llegó a verle la cara, pero Isaura, su hermana teñeca, le porfía que el pelo todavía no le tapaba los huecos de los ojos.

El muchachito que les sobrevivió era un esquelético.

94

Porque rojeando una vera el palo se le vino sobre la cabeza y se medio hundió, de esas resultas le pusieron Caraetabla sin ninguna compasión ni remordimiento. Entonces para buscarle el frente se le iban a los pies, que sí le siguieron rectos.

Caraetabla les pone trampas a los pipes, a las turcas, a las perdices, a los acures y a los conejos, y lo que le cae son casiraguas, que tienen más huevo que cabeza.

Caraetabla siempre parece que viene de regreso.

Cantaruco posee sólo un medio para calificar a las mujeres.

Cantaruco lo primero que le mira a las mujeres son las piernas.

Si las piernas de las mujeres que ve Cantaruco se adornan de pilosidad, ay Cantaruco. Cantaruco hace como turupial, Cantaruco canta como tordito, Cantaruco silba como iguana. Cantaruco se tira en el suelo, y ahí se revuelca como un pollino levantando polvo, Cantaruco pita como un toro, Cantaruco ladra, Cantaruco adquiere la mirada del zorro, Cantaruco se para de cabeza y como nunca carga nada en los bolsillos no tiene nada que estar recogiendo después, Cantaruco pestaña, Cantaruco escupe la saliva, Cantaruco hasta pierde las alpargatas.

Cantaruco monta siempre una burra cana a la que llama Bellalasonce. Los remos traseros de la burra cana de Cantaruco realmente parecen de una mujer, si no fuera por el rabo que le sobra y que Cantaruco le ha enseñado a llevar enhiesto como el del perro cuando trotta. Cantaruco y Bellalasonce llevan viviendo juntos como ocho años y Cantaruco parece no darse cuenta de que los dos han envejecido en esa familiaridad.

El 18 de diciembre de 1902, el adelantado del cuerpo volante del general Manuel Veneno ya percibía el primer humo del café de los fogones de Guanape, cuando el coronel Pedro Rafael Armas abrió los fuegos y la bala que le entró al otro por la boca le impidió dar la alerta. El general Veneno ni siquiera pudo recuperar la rienda y tiros desde las casas y tiros desde el camino por el que venían, al que no lo tumbaron del caballo lo tendieron en una acera de ladrillos. El general Veneno no iba a llegar a ver cómo se le había dado ese año el tabaco, porque el coronel Armas lo velaba desde el cuartel de a iglesia.

Ni tiempo le quedaba ni manos le sobraban para peinarse la barba que el viento y el desorden le habían descompuesto, para que después de muerto cualquier muérgano no se la irrespetara, el general Veneno hacía uso de su revólver con la derecha y del fusil con la izquierda y ya al coronel Armas no le quedaban sino tres hombres. Zenón Marapacuto fue el que al fin abrió la trocha hacia la iglesia, pero ya Julio Bellorín buscaba con la mira la pechera del general Veneno, que era de seda de la buena y de encajes de los más finos.

A Manuel Itriago Armas conocido por Veneno y a su sobrino Pedro Rafael Armas les dieron sepultura uno al lado del otro y Zenón Marapacuto mismo presidió los honores que se le rindieron, de general a uno, de coronel al otro. Julio Bellorín apuntó una vez. Zenón Marapacuto en cambio había vaciado

su cartuchera y no desaprovechó ningún plomo en aquel inexplicable enemigo que ni siquiera tomaba en cuenta la consanguinidad.

97

María Amaricua no parece pertenecer a esta tierra. En la casa donde se crió le han dicho a María Amaricua que va a ir a trabajar a otra parte y María Amaricua ni siquiera abre la boca para conocer su destino. María Amaricua traspone el zaguán ajeno sin siquiera levantar los ojos.

A María Amaricua le mandan que ensille el burro y vaya conmigo al conuco a buscar un maíz tierno, un frijol, una auyama, o a espantar los guaros que acechan desde las quisandas, los olivos o los guatacaros. María echa el animal por delante y lo hace todo y no me reclama que yo vaya y regrese montado.

En el rastrojo de Luis María Ávila, por el que hay que cruzar, María Amaricua es la que ahuyenta la tragavenado que siempre se le opone al paso del burro, una culebra flaca y vieja, engarrapada hasta el sufrimiento, que se la pasa todo el día cazando insectos entre las escobas. María Amaricua no le teme pero sí se previene de que la tragavenado espante al animal.

Alumbrados con una lámpara de carburo, María Amaricua, cuando ya ha terminado sus oficios en la cocina, me entretiene enseñándome los trucos de la baraja sobre la mesa del comedor, mientras los murciélagos vuelan desde sus escondrijos de la galería de los muertos hasta la mata de cautaro, que se cae con el peso de sus gajos maduros. La escasa luz azul parpadea sobre la cara de

María Amaricua como ante los santos de la iglesia. Como el crucificado de Don Cándido Rojas, María Amaricua no habla.

98

A uno de los Uriepero lo aprehendieron por ahí por Aguacaliente porque lo pateó el arma y entre tanta piedra el hombre no halló dónde asentar el pie, y por un lado cayó él y por el otro su arma. Los zamuros de esa fila se lo fueron comiendo a retazos y a ratos.

No era el mismo comandante Uriepero. Era algo de él.

—*Niña despiértate*
que con mi cántico
arrullaré

cantaba, de quicio en quicio, de puerta en puerta. Tenía buena voz y se sabía canciones bellísimas.

Sutil de apellido, blanco, alto, delgado. Debía sufrir de alguna lepra en una pierna. Cantaba, cantaba, caminaba y caminaba y se sentaba.

A la madre de muchacha le fascinaba Sutil.

100

Los bachilleres Solano eran de Las Pinteras, de La Candelaria, de Purgüey, de esos lados. Eran dos exactamente, muy parecidos. Sergio era uno. Vestía de blusa y los días de fiesta se enfirolaba. Se enfirolaban los dos, porque los bachilleres Solano eran dos.

101

Chana, pelo crespo, lavado, de pie de barba oscura y ojos negros, más bien gordo, de buena talla, llamaba enana a la letra ch.

Medio loco este Chana. Robaba caña con Jesús Rojas y a veces se aparecía con Tulungo, que era un negro triste muy servicial, que cargaba el agua y la leña.

Chana llamaba Chana a todo el mundo, y cuando iba a robar caña con Jesús Rojas, este le dejaba vigilando. Entonces Chana le murmuraba pasito entre los alambres:

—Corta cuatro, Chana, y me avisas.

Chana y Tulungo, Reyes Magos de la infancia de la madre y del tiempo aún más lejano de Sabanauchire a los que sólo le faltó Gaspar para alumbrar la Nochebuena porque Gaspar residía en Clarines, no podían seguir perteneciendo a los olvidos.

102

Manuel Gregorio Motabán era el talabartero. En sus manos el cuero se recreaba en flores o en pájaros de corazón o de ojo de colores que después abrían o volaban en la brisa sobre los caballos que compraban en Guanape y que estaban hechos de tempestad. Por eso era que no había cinta que no se llevaran con el pecho ni mujer bonita que supiera resistirse.

Fuerzas de La Libertadora tomaron a Sabanauchire y pusieron un retén entre las dos casas, la de la familia y la del almacén, donde siempre prefirió vivir Don Ricardo. Cuando Mamachía tenía que ir a llevarle algo, se hacía acompañar de Luis Velásquez, que era más que hermano, hijo del abuelo.

Andrés Campos mandaba esa tropa. Andrés Campos, de los Campos de Río Chico, de buena familia. Venía con fiebre alta y su ordenanza le colgó la hamaca entre las dos ventanas de la casa de familia. Andrés Campos pedía agua, entonces un soldado fue a la puerta de la sala a solicitar el favor.

Los Alfonzo se disponían a acostarse y la señorita Mercedes se mecía en una hamaca y rezaba cuando con la culata del máuser empezaron a golpear la puerta. Entonces la madre levantó un calvario de cinco cruces sobre el silencio y el pavor suyo y de sus hijas.

104

Cuelloepana arruinó a Guanape, a El Guamo, a Guaribe Tenepe, a San José de Guaribe, a Bocauchire, a Sabanauchire.

En cambio Zenón Marapacuto que nació y vivió en la guerra no salió nunca de esos lados y poseía cañaverales, trapiches, haciendas y una tumba, la de su difunta madre, que nunca dejó de cuidar y adornar con flores de amapola que recogía en el camino del Altouchire.

El general Zenón Marapacuto contenía las turbas de La Libertadora por encargo y voluntad de Dios. Jamás ni nunca dejó de pertenecer al gobierno y era zambo, silencioso, muy fino de maneras, agradecido. Usaba capucha, vestía liquilique y se pasaba por la cintura una banda amarilla que le tejió la difunta Marapacuto.

Don Ricardo lo quería bastante.

—Ataca por aquí, Zenón —le aconsejaba—. Que si te baten, buscas la retirada sin exponerte. ¿No ves ese farallón? El que cae en ese farallón si ya no lo ha alcanzado una bala se desnucan.

—Pero ¿con qué gente, Don Ricardo? Primero hay que reunir la tropa.

—La buscas.

—Sí, se los quito al paludismo.

El general Zenón Marapacuto jamás se descíñe su banda amarilla y jamás deja de tener esperanzas en la revolución.

106

De Piquijuye el tiempo no resguarda ninguna iconografía. Debió ser aindiado y malasangre. Debió padecer de alguna diarrea crónica porque, cuando no estaba ocupado en alguna violación, asesinato o robo, cuando no participaba de una balacera, estaba entre el monte desahogando aquellos incurables intestinos lacerados.

Nombre cristiano no tuvo. Luis María Bustillos, que le conoció muy a su pesar, no le proporcionó ningún puesto en el santoral y ni siquiera precisó su lugar de origen.

—¿No era de Zaraza?

De Zaraza venía Cuelloepana, otro sembrador de miedos, que nunca se quitó la levita de que había despojado a un cadáver. La pieza se adornaba con un terciopelo en el extremo superior y ese detalle le dio el cognomento al sujeto irascible e inescrupuloso. No se la quitó al general Manuel Veneno, porque al general Manuel Veneno lo sepultaron con la suya. Además, cuando ocurre la muerte del general Manuel Veneno ya Cuelloepana es Cuelloepana y el criminal que no dejó de serlo nunca.

Máximo Cumache es el único que se sabe la historia de Platón, el burro campanero del Viejo Lucas, que murió de amor en la plaza de Clarines, la misma mañana del domingo en que su dueño, tras aprovecharse de él durante más de quince años, decidió darle la libertad. Platón tenía alzada de potro, comía maíz de la mano del Viejo Lucas y sabía agradecerle con rebuznos cortos y mirada casi humana a aquel compañero de tantos viajes y tanto tiempo de vecindad el afecto expresado en palmadas y en pequeñas atenciones como eran la de protegerle la cabeza del sol con un sombrero de dos agujeros en el ala para que sacara las orejas, peinarle la crin después de los aguaceros y dejarlo que se comiera la paja tierna de los caminos del verano arrasada por la candela y que por lo mismo nunca dejó de despuntar tierna y jugosa. Lo que no tuvo Platón fue descendencia. A Platón jamás en su vida le fue permitido retozar tras las hembras que espiaban el paso del arreo por picas, atajos y desechos de una tierra que parecía tener por confines los cacaotales de Barlovento, las calientes soledades de las salinas de Píritu, donde apenas si se hallaba una que otra paraulata estridente; los inacabables chaparrales del sur diseminados de tristes y enmontados pueblos que ardieron en cada asalto de las guerras; la fría y oscura fila por la que se iba a Guatopo, las altas casas de Barcelona, con musgos negros creciendo entre los zócalos y grietas

de portales, o las tenebrosas noches de Clarines, entre las que acechaba el zorro, el rayo o la gente de Piquijuye.

La mañana de ese domingo a la que Máximo Cumache asiste, Platón se ve sin cabresto, sin enjalma, sin cincha ni impedimento. Platón pareciera que aprendiera a caminar y lentamente, deteniéndose a cada paso, recorre la mitad de la plaza donde se revuelca la pollina de la burra con la que ha entrado a competir en el mercado del transporte Trina Portillo: un pelo lustroso, el tobillo trémulo.

Advierte al macho y se incorpora mostrando la dentadura hasta las encías rosadas. Platón se yergue con un rebuzno donde parecen expresarse frustración y maravilla, pero es sólo un instante. Platón se desploma entre los matojos ralos que queman con bosta en las casas en los tiempos de plaga para ahuyentarla. Cuando Máximo Cumache corre a auxiliarlo, Platón tiene en blanco los ojos y su invicta espada yace inmóvil entre las hojas y las piedras.

A Platón lo arrastran hasta el bajo de Casilda y a la orilla de la quebrada el Viejo Lucas le cava su última residencia. Por un largo rato Máximo Cumache le oye rezar al Viejo Lucas la única oración que se sabe, que es el credo; no es lo más apropiado para la ocasión, pero Platón se la merece más que ninguno.

Cómo no iban a aguarle los ojos a Máximo Cumache.

En la misma urna revestida de tafetán negro con broches dorados de palma como la del coco, algo muy especial, los metieron a los dos, el nonato al lado izquierdo como si se le hubiera dormido en el regazo.

Tuvieron que quemar incienso para atenuar el mal olor del cadáver. El piano entre la ventana de la calle y la alcayata tenía las patas en forma de pescado, como esos bagres con cabeza de sapo de los que llaman rabo de candela, que abundan en el paso abajo, donde se bañan las mujeres, y que son distintos a los coñeros, más pequeños, menos lentos y muy abundantes. A esos bagres se asemejaban, pero la cola la tenían hacia arriba, sosteniendo el teclado.

El piano ya no sonaba y hasta había perdido el charol.

Es decir, que había tres muertos durante el acto del velorio.

109

(Machu se mira las manos con las que hace diecisiete años ploteaba pozos petroleros:

— Tú me las alababas mucho. Decías que las tenía como las mujeres de Boticheli. ¿Te “recuerdas”?

Pero no. Han cultivado el amor y las rosas, la paciencia, los siete hijos, el recuerdo de otras novias y de la madre sin sepultura entre la saliva. De Tura, también.

Machu llama azúcar cándida al azúcar cande).

110

La vieja imprenta de “El Euro”, que llegó hasta utilizar el fotograbado gracias a la ciencia de Ricardito Alfonso, que se hizo de ella en Londres, cuando estudiaba ingeniería hidráulica; esa máquina con su Washington y su Jefferson de perfil sobre el arco, resistía el sol entre los azahares y las ruinas de lo que había sido la habitación de Don Ricardo. Con la uña quité el limo y aparecieron tres letras: una h, una o y una e, todas mayúsculas.

En el único muro aún en pie podía verse todavía la alcayata forrada en tela para que no sonara el hico. Esta había sido su habitación durante treinta y nueve años; el dormitorio y el despacho. Aquí se encerraba con el general Zenón Marapacuto, a hablar de la estrategia de la guerra que aprendió con Ezequiel Zamora. Aquí, sobre un escritorio biblioteca iba contando en pilones de cien las morocotas de los pagos de embarque de cacao y café, las cosechas de novillos, los intereses de las hipotecas. En el estante, cada paquete tenía escrito lo que contenía: documentos de propiedad, correspondencia del general Pío Revollo, correspondencia de Lorenzo Bustillos, vales a mi favor, cuentas pagadas, cuentas pendientes, direcciones en Caracas, la lista de las vacas de vientre y las horras que no se disponían porque unas y otras eran bienes de los hijos. La de Mercedes, la hija privilegiada, por ejemplo, se llamaba Lucerito.

111

Con una ropa vieja, un paltó, unos pantalones robapollo, una camisa con botones de nácar, un chaleco taraceado de trazas, unos brodequines y la inevitable camarita, todo esto extraído de algún viejo baúl del 900, Manuel Santiago de los Ríos reconstruía un hombre desacostumbrado al que le pegaban candela al extremo de una rama del pericoco de la iglesia, que ya se secó agrietado por el comején, los años y otros deterioros. A manera de sesos le suplían triqui-traquís, como intestinos le proveían de unas como ristras de cartuchos con la sola pólvora y el detonante; fémures, tibias, peronés y radios consistían de haces de cohetes que se juntaban en los omóplatos y la pelvis. Lo característico estribaba en que en la región entre las ingles le situaban una como quinta extremidad inverosímil rellena como la morcilla pero de azufre, carbón y salitre que al estallar se erguía como espada o mazo o atributos de un Saturno o un Neptuno con aspiraciones de endiablado procreador.

Este Judas bicéfalo, de erótica fornitureta estrepitosa, era paseado sobre un burro con propensiones no siempre las más morales y porque el monigote carecía de voz y voto como la organización municipal distrital, se hacía leer el testamento en verso con voz sibilina, de esquina en esquina, como cualquier paladino chismoso común y corriente. Algo de que la primera autoridad civil heredara la vara del escándalo por poco no conduce a un duelo de revólver

entre el letrado amanuense del apóstol convicto y el grávido y honorable funcionario, que además de dos queridas usufructuaba las rentas, un título de coronel usurpado y una procedencia como colombiana. La multitud se despidió por el bajo de Casilda una parte y por los corrales de Severiana Guapuriche la otra y la Semana Mayor culminó con friegas de yodo y linimento esloan, tomas de valeriana y promesas de respeto y agradecimiento al señor Dios de los ejércitos de cuya majestad estaban llenos entonces los cielos y toda esta tierra del río Unare.

Posteriormente, en las reuniones que se convocaron para restablecer la armonía entre gobierno y gobernados, el coronel aclaró que desaprobaba las dimensiones por anticonstitucionales y en este punto la opinión oficial difirió de la de Cielito Lindo. Total, que los Judas del año siguiente y los del porvenir no dejaron de mantener sus cinco cabezas y el jefecivil se vio obligado a solicitar su traslado hacia otro destino de rentas más congruas.

112

Había pobreza, cómo no, si no existe la pobreza no existen los ricos. La pobreza existe desde que el mundo es mundo. Jesús era pobre y José tenía que trabajar la carpintería para poder mantener a la Virgen y a su hijo' unigénito. Jesús prefería la pobreza a la riqueza; la recomendaba como un estado de gracia. Jesús hablaba de que primero pasaba un camello por el hueco de una aguja que un rico en el reino de Dios, pero él mismo consintió en una humanidad dividida en clases sociales. Al César lo qué es del César.

Existía pobreza pero también corría dinero y se daba mucho maíz, mucho algodón. De Mayare, de El Guamo, de esos lados de Paraguayaco salían arresos cargados de casabe. El mejor casabe de por aquí lo tendía Pedro Sánchez en Murgua. El burro de Sánchez era blanco; no era un burro, era una muía. Francisco Díaz también producía casabe en Maracual. La carga costaba seis y ocho bolívares; dependía, pero en 1900, en 1905, el casabe llegó a valer treinta y cuatro bolívares la carga.

La sal y el ganado eran otra riqueza. Una fanega de sal limpia la compraban los mayoristas en dos pesos y la vendían a veinte. Una res costaba siete pesos y por todas partes había una pesa, y a nadie le faltaba la carne. Fue mucho el cuero que embarcaron por ese río, mucho el cacho y la pezuña: hasta eso se vendía. Se vendía hasta buche de pescado, que servía para hacer cuerdas de

guitarra. Las cuerdas de buche de pescado no se reventaban y eran las más sonoras.

No había peón que no cargara una faja de morocotas y no había arreo que no sacara, una mochila de morocotas con que el comercio de aquí pagaba a los almacenistas de Río Chico y de La Guaira. Generalmente la acuñaban entre la carga y jamás se perdió un centavo.

El almud de tierra no valía nada; el que quería cercaba un pedazo y la trabajaba de algodón, de frijol, de maíz, de lo que quisiera y todo se daba.

Todo el mundo se respetaba y era una misma familia la gente de aquí y la de Guanape y aún la de Tucupido. Los Álvarez y los Rojas de Uchire y de Bocauchire estaban emparentados y por dondequiera la gente tenía ahijados y le sobraban los conocidos.

Los talladores de dados fueron los que acabaron con estos pueblos. No fueron las guerras. Sí es verdad que las revoluciones mataron mucho ganado por maldad, porque eso de degollar una res para llevarse una posta y dejarle lo demás a los zamuros es una maldad aquí y en cualquier parte. Los guatueros obraban así: cuanto vacuno sorprendían lo degollaban y no le quitaban sino un pedazo para ir a venderlo o a cambiarlo más adelante por un litro de ron.

Eso era otra cosa; el ron. Había mucho trapiche y sacaban el ron y el papelón en cantidad.

Las mesas de juego fueron la maldición. Abrían una cobija en el suelo y ahí mismo se perdía el trabajo de toda una vida.

Eso de que Clarines es víctima de una maldición no es probable. El cura volvió de noche porque Severiana Guapuriche le prestó un camisón y pasó por una mujer cualquiera que iba de salida. Hizo como que se iba y se escondió en esos montes. En la noche entró a la iglesia, sacó el catafalco y lo puso en el mismo sitio donde ponen a San Antonio para hacerle su procesión. Levantó unos ladrillos del altar y ahí metió una cuartilla de granos; según y que era maíz y caraotas. Hizo la misa como para un difunto y entonces maldijo al pueblo. Dijo que en ese pueblo no iba a haber más prosperidad hasta que esos granos

no nacieran. Qué iban a nacer sin agua y sin sol, metidos ahí entre la cal y los tiestos de ladrillo, entre ese huesero de muerto. Jamás. Ofició de negro y de negro adornó el altar de San Antonio, de Santa Clara y de San Isidro y los tapó con unos trapos negros para que no pudieran atraer más a las lluvias y para que se acabase la abundancia. Después fue que se fue, en el mismo burro en que vino y con el mismo camisón de medio luto que Severiana Guapuriche le prestó para ocultarse la vergüenza. Después, según, y que ahorcó los hábitos y, se puso a vivir con la prima, la sobrina o la hermana, lo que fuera y más nunca pisó estos empedrados. Qué iba a venir a buscar: el pueblo se había venido palo abajo. Los talladores de dados habían acabado con todo.

113

Cuando el segundo hijo de Mercedes Alfonzo tuvo razón ya su conciencia se situaba a la altura de los genitales de su padre con quien se bañaba desnudo, y ya San Pedro; Santa Clara y San Antonio de Padua existían en las hornacinas del retablo mayor de la iglesia.

A San Pedro lo asocian con el fortín que aquí estuvo, levantado por Juan Orpí para prevenirse de los holandeses y de las flechas y el veneno de los caribes, que eran los amos hasta de las estrellas, y llamaban a este sitio con una voz de ellos, según, Paricatar. San Pedro está sentado en silla de brazo y tiene las llaves de la iglesia en su derecha; tan raro, porque las llaves de la iglesia las tiene el sacristán y si no hay quien abra la iglesia todos los días para tocar las campanas a las seis, a las doce y otra vez a las seis, que es la hora del ángelus que dicen. Este San Pedro siempre tiene un nido de avispas en la nariz y será por eso que no le ponen fiesta.

Santa Clara tiene una custodia en una mano y la otra carece del atributo porque se la tumbaron los murciélagos y nadie se fijó qué era para reponérselo. Había sido patrona de un pueblo de misión fracasado en el sitio de Manareyma y cargaron con ella cuando sus devotos se integraron a Paricatar. Santa Clara es la abogada de los buenos inviernos y previene de los gusanos al maíz cuando está embolsando; se lo solicitan a ella en ausencia de la Santa Bárbara que falta entre los santos del culto. Santa Clara, como el mismo San Pedro y el mismo

San Antonio, está tallada en una sola troza y esa es la imposibilidad con que se encuentran para ponerle fondo y pantaleta como a la Virgen del Carmen o a la Dolorosa, que no tiene sino unos talicones debajo que a veces ataja el comején y sirve de refugio a grillos y a arañas, que ahí hacen sus nidos, sin importarles la parte sagrada. O como la otra virgen de los misterios, que bajo tanta vestidura y solemnidad esconde unas figuraciones como de mujer y de mujer son pechos, ombligo y el resto de su cuerpo. Sin tanto trapo es como ver hacia el cuarto del treyolí de la casa de Mamachía, cuando Rufina viene del tío. No es como ver a Diotima, porque ésta se esconde entre el cundeamor y es además muy muchachita para competir con María Santísima. San Antonio de Padua parece bizco y es medio cejijunto porque se le corrió la pintura del último retoque. Tiene un niño Jesús acostado en una mano y el problema cuando lo sacan en procesión es que el infante se rueda de la almohadita y se cae y ya ha habido necesidad de ponerle más de un dedo de los pies o de las manos que no perdido o de rehacerle los ricitos de la cabeza, más de una vez descascarada. Bajo su advocación se deriva la parroquia de su nombre y la identificación histórica de la última y definitiva fundación del pueblo, según, ya de más de tres siglos.

Lo bueno de San Antonio son las fiestas del 13 de junio, en que reparten unos pancitos de trigo benditos; el pan de San Antonio que dicen y al que atribuyen propiedades milagrosas. Ni el temor de Dios impide que uno se los hurte ante la provocación animal de aquellas bandejas recién sacadas del horno de la panadería de Caguana. Lo mismo es con el vino y las hostias de la misa de ese día. El vino es dulce y caliente como esas friegas que la madre le aplica a uno para reponerlo de los sudores del ataque de la fiebre. La hostia la amasan con su poquito de sal y de manteca de cochino y siempre hacen más de las que se necesitan. Si las dejan en el armario de la sacristía se ponen rancias o se llenan de hormigas de muerto, que son las chiquitas, amarillas, y entran al copón formando hileras interminables e incesantes.

Tres siglos tiene San Antonio en ese altar de racimos de uvas azules y no ha hecho el milagro de alejar el paludismo a pesar de pedírselo tanto la madre.

114

En agosto de 1939 nos mudamos a Puerto Píritu, a una casa con fondo al mar y a unas pilas de durmientes de ferrocarril donde habitaban cigarrones colorados y parecía que los palos tuviesen música por dentro. De noche silbaba el viento salobre entre los alambres de colgar ropa y se veían lejanas luces en el horizonte.

Antes de ir a la escuela salíamos a vender cuerdas de un lote que el padre negoció en una liquidación. De eso vivíamos; de las cuerdas pero la gente no compraba sino primas, que eran las que se reventaban y en cambio los bordones no los compraban y uno a veces iba de mostrador en mostrador sin ningún resultado. Mi problema era con las cuentas del maestro Amundaray; no me entraba eso de 9x9 u 8x8 y demasiadas cosas contribuyeron a desmejorar mis notas. Había descubierto que los durmientes, además de servir de residencia a los cigarrones, eran utilizados por algunas parejas que no tenían otro sitio adonde ir y allí entre aquellos olores de tierra mojada propios del pui y la vera, entre las salobres brisas que el mar les proporcionaba, porfiaban a representar el cuadro de Adán y Eva que hubo una vez en casa hasta que una gotera lo acabó. De ahí, según veníamos todos, pero nunca tuvimos la curiosidad de indagar cómo se había producido el misterio. Ahora se me revelaba con sólo esperar echado de bruces y conteniendo la respiración sobre aquel cargamento

de madera que los barcos parecían eludir. El maestro Amundaray no entendería mis razones, ni yo se las iría a dar.

No había comenzado septiembre porque todavía se encontraba maíz tierno, cuando desde mi rumorosa y fragante atalaya una tarde de sol amarillo como ahí se pone, vi cabalgar entre la ola y la arena que generalmente estaba constelada de conchas arrastradas por el mar desde las isletas, a una muchacha, despeinada la cabeza entre los brillos de la sal y del crepúsculo, la camisa abierta al resplandor y al rocío. Vestía de pantalón y calzaba botas altas. Cuando atravesó el viento en dirección al faro donde se estaban cerrando las flores amarillas del abrojo y por eso ya no daban perfume ni atraían mariposas, percibí otro perfume que no era aquel al que uno estaba acostumbrado; yo no sabría describirlo, pero desde entonces ese es su recuerdo.

Antonia Guevara me explicaría esa noche, cuando se lo fui a preguntar a la casa donde trabajaba y ella me hizo esperar demasiado porque estaba sirviendo la cena, que esa criatura así imprevista era la hija de un ganadero y la querían casar con un joven de su clase que estudiaba medicina en Caracas. Me dijo también que la muchacha pisaba más arriba de sus talones.

Así se creó otro factor de mi inapetencia por las matemáticas y mi pasión escolar por ese puerto de mar; los sueños no siempre se pueden relatar como las historias, y produce mucho dolor retroceder siquiera a nuestra última entrevista, cuando ya todo el pueblo dormía y yo logré alcanzar, con ayuda de unas piedras que ella mandó a situar con un peón bajo la ventana, los balaustres a través de los cuales se presentía la cama con cubrecama de encajes, un olor de jazmín y una lámpara de aceite frente a un cuadro del Corazón de María.

Se quejó con tristeza de lo que nos separaba, del carácter y la testarudez de su padre, del noviazgo de conveniencia al que ella no se oponía por temor al castigo de su desobediencia. Me habló de los campos petroleros y de cómo quien allá se iba hacía fortuna en poco tiempo. Yo tenía que buscar con qué presentarme a su padre. Su pelo, sus manos, su boca, su saliva de naranja, llenan la noche inolvidable.

Tenía catorce años y su apellido, que se escribía con dos enes lo grabaron mal en el granito de la losa. Está casi sola bajo aquel cielo interminable, entre las mariposas amarillas, las flores del abrojo, el esporádico canto de las paraulatas que hacen sus nidos junto a la salina, el viento del mar, el sol del crepúsculo, la hormiga, uno que otro cardón que atalaya el paisaje donde Carencho el celador camina, con un ruido de llaves orinosas entre las manos acostumbradas a lidiar con la muerte.

115

*Yo adivino el parpadeo
de las luces que a lo lejos
van marcando mi retomo
Son las mismas que alumbraron
con sus pálidos reflejos
hondas horas de dolor.
Y aunque no quise el regreso
siempre se vuelve al primer amor
La quieta calle donde el eco dijo
tuya es su vida, tuyo es su querer
bajo el burlón mirar de las estrellas
que con indiferencia hoy me ven volver.
Volver, con la frente marchita
las nieves del tiempo platearon mi sien.
Sentir, que es un soplo la vida
que veinte años no es nada
que febril la mirada
errante en las sombras te busca y te nombra.*

*Vivir, con el alma aferrada
a un dulce recuerdo que lloro otra vez.*

116

Huíamos del paludismo y descubrimos el mar y sus insinuaciones. Huíamos de la tempestad y nos herían otros dolores.

—La única medicina segura para el paludismo —sentenciaba Juan Evangelista Arveláiz— es el cedro amargo y los clavos punta ‘e parís. Pero para otros sufrimientos, para el sufrimiento de mi infancia, nadie había hallado el remedio.

En Puerto Píritu también perdí a Chiquito, mi gato negro y blanca que salvé de un aguacero de Clarines.

Fue la misma noche que llegamos. Lo traje entre los brazos y no esperó que descendiéramos del camión donde hicimos el viaje, de pie, entre los cuatro muebles y los baúles con papeles y recuerdos. Saltó y corrió y por más que lo llamé entre la oscuridad, entre las, andalucías y los clemones, entre los arenales y el llanto, Chiquito no apareció.

Chiquito tiene la culpa de que carezca de tumba. ¿Dónde se la ponía?

117

Máximo Cumache no se resignaba a ver cómo bajo el cielo sin nubes el sol le retorció las hojas al maíz recién sembrado.

Entonces Máximo se traía de su casa al San Antonio de palo sin cabeza que él guardaba para la ocasión en el mismo baúl donde tenía la tijera y el peine de barbería, unas revistas manoseadas con desnudos de mujer y los papeles de la casa.

Lo ponía boca abajo, nadie sabía con qué, porque como ya se sabe si sólo existía de los hombros en adelante mal podía clavarlo de cabeza; lo paraba, pues, con los pies para arriba en un tronco de pericoco que a pesar de tener mucho tiempo cortado siempre retoñó, en todo el centro del conuco y lo pelaba con un bejuco de picatón. Lo insultaba, lo ofendía pero de verdad verdad con esas palabrotas que los arrieros le gritan a los burros malamañosos. Le pedía que mandara el agua, que qué vaina era esa, grandísimo pendejo, que esa vaina no.

Entonces caía el aguacero, pero era peor, porque estaba tres días lloviendo y los chorros de agua sacaban al maíz de raíz, o lo tumbaban y Máximo Cumache qué iba a estar parando mata por mata de maíz.

118

El señor cogió de mala gana el papelito y fue hasta su escritorio, ahí lo puso a un lado y siguió sacando cuentas de la carga de La Isabelina. Entretanto yo miraba los fardos de tela, las bayetas, los frascos de picha, las herramientas todavía con etiqueta de procedencia inglesa, los potes de pólvora, los rollos de mecate, las cajas con tapas abisagradas que tenían que contener el clavo de especie, la canela, la guayabita, el anís, la pimienta, el comino, el jengibre, la hoja de la manzanilla que tanto se vendía para el estómago, el sebo de ganado, el químico para envenenar el cuero; los frascos bocones con azufre, con naftalina, con metras, con caramelos, las sillas z y los arrees de montar, las cintas para el pelo, los cinturones de cuero y los de sedalina que tejían con los tres colores de la bandera; los machetes y los cuchillos, las camisas de hombre, los hilos de coser, las tijeras marca Barrilito, las hojillas, el sombrero de pajilla, el pelodeguama, las tarjetas postales dentro de una vitrinita donde además se guardaba papel sellado y estampillas fiscales, sobres y papel de carta; la agua colonia y los polvos, el jabón azul y de tierra, las bacinillas, los calderos, los canarines, las sartenes, las medicinas, los chinchorros, y las chinchorretas de curagua de producción local junto con los de Pariaguán.

En el mostrador, junto a las dos incisiones sobre la tabla que servían de metro y no era una medida completa porque le faltaban ocho centímetros,

estaban clavadas unas monedas de cinco, cuatro y dos reales, un realito, un medio, una locha y un centavo monaguero, que de tanto uso rebrillaban. El bolívar estaba flojo y giraba si uno le metía la uña en el borde y lo movía.

El señor se tocaba el bigotico:

—Dígale a su papá que la casa no le puede abrir nuevo crédito. Váyase y dígaselo.

Yo sé que en el papelito se habla de atebrina y sé también que la atebrina cura la fiebre del paludismo y que en la casa la necesitan. No me muevo.

—Ya usted oyó. Váyase.

No me muevo, y el señor sigue dándose en el bigotico hasta que después de un rato, mirando distraídamente hacia la calle me pregunta:

—¿Usted sabe si su mamá negoció la máquina de coser?

Negué con la cabeza.

—Yo mantengo el precio si se decide a venderla. Con eso tienen de sobra para comprar la atebrina. Dígale eso.

De este modo la madre se quedó sin su máquina de coser que de tantos apuros la sacó y ese año no nos pegaron las fiebres. Cuando la vinieron a buscar todos estábamos en el zaguán, y nos sentíamos como si alguien de la familia se hubiera muerto.

Al señor le cogimos rabia.

119

Arévalo Cedeño tomó a Clarines sin disparar un tiro; hasta el administrador de rentas había huido a Caracara- che con los libros y los reales. Acampó en la plaza. Arévalo Cedeño venía con un principio de pulmonía y un soldado estuvo buscando quien le hiciera una limonada de papelón.

En su cama de campaña, bajo una cobija del ejército, Arévalo Cedeño tiritaba y tosía como un perro con peste al que se descuidaron de ponerle el collar con conchas de limón. Ni él ni su gente parecían temerle a Luis Godoy, el presidente del Estado, que era además abogado, y que había salido en su persecución.

La madre fue la única que se atrevió y el lugarteniente de Arévalo Cedeño que vino por la bebida hasta le preguntó el nombre a la madre y ella no se lo ocultó. Más tarde, con movimiento de tropa en retirada por el bajo de Casilda, el mismo Arévalo Cedeño tocó a la puerta del zaguán de casa y llamó a la madre. Parecía una guayaba podrida.

—Este es un favor que no se olvida, mi señora, y si yo no se lo pago Dios se encarga de pagárselo.

El doctor Luis Godoy ocupó a Clarines ya en la noche, cuando estuvo seguro de que Arévalo Cedeño había pasado el río vía a Guanape. No parecía saber montar y decidió volver a Barcelona cuando Ramón Coa, que fue uno de los

canoeros del pueblo de que se valió Arévalo, le trajo el recado que le mandaba Arévalo Cedeño de que lo estaba esperando en el otro lado.

La madre entonces arrancó la mata de granada y del polvo extrajo el cofre con las joyas: la sortija de las dos culebras entrelazadas con un diamante sobre la cabeza, el reloj con la tapa de los bailarines, la leontina de Don Ricardo, los aros de matrimonio, una cucharita de plata, un prendedor de corbata con una perla, el portarretrato con Don Ricardo de levita, la mano empuñada puesta sobre una mesita de tres patas; un daguerrotipo de Mama chía.

La tropa de Godoy desocupaba a Clarines y un toque de cometa río por medio marcaba la partida de Arévalo Cedeño. Un fusil y tres muías le robaron en Clarines al guerrillero llanero, pero él no hizo nada por recuperarlos.

120

Etervina no convenía que el hombre perdiera su tiempo proponiéndole a la mujer; a una mata de jobo se la zamaquea.

A las doce del domingo de resurrección, cuando soltaban la paloma del espíritu santo detrás del altar de la iglesia, los sayones corrían hacia la plaza enarbolando sus lanzas de juajua recubiertas de papel de color y las campanas repicaban, Etervina volaba a recoger las siete piedrecitas blancas, una por cada una de las heridas de Cristo, que le iban a proporcionar la suerte el resto del año. Entonces, con las manos en su cintura poderosa, gritaba que ya se podía quebrar la olla.

—A quebrar la olla, pues, y a zamaquiá esa mata —se la oía con el espíritu de la resurrección en todo el cuerpo, y nadie, ni el mismo Mosquito, la apetecía.

121

Carlos Pinto trajo la primera película muda. Describía la pasión y muerte de Nuestro Señor y él se creyó de su deber contratar a Casiano para que acompañara con su violín a la proyección, fijada en la casa amarilla.

Como no hay planta, Carlos Pinto conectó el proyector del carro ochenvé, la luz titilaba y todo el mundo, desde Jesús y Poncio Pilatos para abajo no hicieron sino temblar.

Casiano no le sacaba sino valsés a su triste violín y los espectadores lloraron hasta que se les secaron las fuentes, que fue ya al final, cuando Jesús se le aparece a Santo Tomás y para convencerlo de que es él le manda a introducir el dedo entre la herida del costado que todavía tiene abierta y sangrante.

122

Oripopo, como la gallinácea de cabeza monda y roja y un como cingulo de plumas blancas en el cuello del que penden las arrugas; tal cual como el oripopo que vela en os pelados del verano y del incendio tras presas carbonizadas, éste sobre dos piernas como las de la catana, la boca sin siquiera un solo diente, los ojillos más que imperceptibles, el esternón casi en arco y el occipucio desolado, no deja de asistir a ningún entierro buscando qué heredar: algo que ponerse, un utensilio, las medicinas con que se trató de recuperar la salud del difunto. Oripopo husmea en los basureros adonde conducen los desperdicios o vaga en ciertos sitios fuera del pueblo que tradicionalmente se han escogido para dejar las cosas que pertenecieron a los que ya no moran sino entre los muertos, y que ni los propios familiares apetecen.

Oripopo registra los trapos, extrae el algodón de las colchonetas y cuando hay viento Oripopo parece flotar en una nube no siempre blanca ni ingrávida.

Oripopo no se cuida siquiera de dar a la bacinilla la función de una camarita o de transformar un medio fondo en un infranqueable interior con solo bastearle el ruedo.

Oripopo es el heredero y el causahabiente de toda muerte y de todo viaje del que no se regresa. La salud de Oripopo es invulnerable. Oripopo se ríe de las

epidemias con una risa de ratón que fe sale de la boca del estómago. Oripopo personifica el extremo opuesto del desprecio a toda inconveniencia.

123

La orilla de costa entre Píritu y Bocaunare, que comienza en un cocal donde cohabitan las iguanas y de ahí en adelante no es sino chirivital, sigue la línea de la restinga hasta los manglares del río que el tío Ricardo identificó como de la especie de los rizophoras. Antaño aquello fue arenal y a ratos ciénaga donde compartían la precariedad ecológica la culebra cascabel y un cangrejo repelente que nace cuevas entre el barro pútrido, pero entonces ya había dejado de ser arenal y la sulfurización de las aguas de la laguna y la evaporación tenían convertida la restinga en un camino de peces muertos, uno como espeso suelo blanco, hecho de los cuerpos de los bagres, la lisa, el robalo, la mojarra y los cristales de sal. El oxígeno les faltaba y la fauna lacustre escorbaba donde creía sobrevivir sin éxito.

El campesino se aprovechaba a veces de esta carne salada y reseca. Venía desde la fila y en tejos la iba desprendiendo y cargando en sacos que luego amarraban a las enjalmas.

Máximo Cumache le alababa su gusto a curagüito.

124

La madre siempre reservaba un poco de la comida de todos los días para el viandante.

Cierta tarde de noviembre tocó al zaguán una pordiosera y la madre mandó a Natalia a que le llenara la perolita. Natalia buscó a la pordiosera y no la encontró sentada en el quicio. Lo que estaba era la muerte y ya llevaba tiempo allí, preguntando por la enferma.

125

El tuerto de Yay tenía la conciencia en el único ojo que le quedaba. El barbasco y el rabo de alacrán le crecían en el lomo y ahí entre las escamas hasta le floreaban.

Ramón Coa le puso un cebo con bofe podrido y el tuerto no vio el anzuelo.

Como era un animal con más de un muerto, lo encaramaron en una parihuela y lo pasearon por todo Clarines, Casiano tocándole su violín, y hasta flores de napoleón le pusieron entre los colmillos.

El viril le colgaba como una tripa de cochino de hacer chorizos y Severiana Guapuriche criticó eso porque era una inmoralidad que viendo que se le había salido no se lo metieron para adentro antes de sacarlo en procesión como si fuera un santo.

126

Natalia es la bondad personificada. Natalia vive con nosotros y es como de la familia. Natalia tuvo un hijo y se le murió pero los hijos de Doña Mercedes ella se los cogió para ella y dice a propósito que fue Doña Mercedes quien los echó pero que fue ella quien los sacó.

Natalia está hecha de panela con anís, de casabe con dulce, de rosquete, de humo de tabaco, de colmenas y de suspiros. Cuando se murió ya nosotros no estábamos en Clarines y ella a quien llamaba era a Sixto. Las avispas y los pegones la despojaron de toda su miel; por eso se secó.

127

Nosotros no renunciamos al deber de localizar la huesa común donde enterraron a Antonio Calcurián, que le calentaba la oreja a Luciíta Rojas, de muchachita ella, cuando La Libertadora. Lo que son las cosas. A Antonio Calcurián lo fusila el general Pío Yaguaracuto y doña Lucía Serpa no llega, ni siquiera a cobrar los siete reales de arepas y empanadas que Antonio Calcurián le debía y Luciíta Rojas termina casándose con el teniente Ricardo Alfonso. Es ya imposible asignar un sitio en la tierra a Antonio Calcurián. Donde uno excave en Clarines se halla con una osamenta. No quedaron muy lejos, sin embargo, pues vueltos a juntar casi medio siglo después, Mamachía está dentro de la iglesia, justo bajo la cúpula, y Antonio Calcurián afuera, bajo la intemperie, todavía parece esperarla.

128

La creciente alcanzó a Bocaunare en la noche, ya la tierra lobreguecida, del 17 de agosto de 1918 y barrió hasta con las tumbas que se habían ido acumulando durante treinta y ocho años de precaria residencia de los Rojas en aquel recodo mustio, donde sólo pervivía un raquítico olivo, de esa como península de salitre, arena, viento empecinado y peces muertos.

No faltó la lluvia además.

Cuando aclaró el tiempo, ya la mañana avanzada, se veían flotar en el mar, a la distancia, aquellos como barcos sin arboladura que no se dirigían a ninguna parte.

129

A las diez la llamaron.

—Vaya, que es apurado.

Y entró a la cocina preguntando si ya estaba el ron, el agua caliente, el aceite de oliva, la manea y el centavo monaguero para correr la ventosa si era menester.

Pero no era para eso. La llamaban a esa hora para reparar a una mujer, porque el hombre había estado bebiendo desde temprano y se quería casar corriendo.

Consiguieron el pollo, pero el alumbre costó, y en esta diligencia y en sacarle el hígado al animal sin que se rompiera, porque además de fresco tenía que ser enterito para aparentar mejor, le dieron las doce.

Hubo hasta cura y los gritos de Talmúnida la novia empezaron bien tarde porque la celebración se prolongó.

Sin ninguna duda aquella había sido la mujer más dura de todas estas historias de desposorios de que aquí se tenga noticia. La madre de Talmúnida se lo escribió en una carta hasta a sus parientes de Tacarigua Mamporal, ese pueblo arenoso donde todavía tenían un corral con unas matas de coco enfermas.

130

A Sotera, la de Nolbelto, todos los hijos le salen con seis dedos en el pie izquierdo.

Sotera, la de Nolbelto, lo atribuye a que todas las mujeres de su familia son muy fértiles.

131

Eumenides Talisayo tiene el inconveniente de las perras y el maestro Talisayo siempre tiene que intervenir.

El maestro Talisayo no acepta que este sea un castigo que Dios le manda por su pasado de Cayena. El pagó su pena completa y sus cuentas son tan claras que no le debe nada a nadie. Ahí están sus libretas donde lo lleva todo anotado, centavo a centavo, día por día, detalle por detalle.

132

Caota el de la cara de melón jojoto y los dientes de patilla se obstinó de pasar hambre y de dar tamborinazos y aprovechándose de lo bueno del invierno se fue al monte y se comió toda la parcha que había, toda la cereza que había, todo el caracuey que había, toda la quisanda que había, toda la pitahaya que había.

Naturalmente, Caota se empachó y encima de eso se tapó. Y Caota se murió en el sitio que más bonito le pareció de Yay.

Volando y volando como un carrao y sin soltar su mascada de tabaco, Caota arribó a la puerta del cielo, que era de oro y mucho más imponente que la de la iglesia de Clarines por donde sacan la procesión. Tocó y le salió San Pedro, Caota se presentó por ese nombre y entonces San Pedro le cerró la puerta de oro. Caota no se desanimó y volvió a tocar hasta que le dio un calambre en la mano, entonces San Pedro de mala manera tuvo que volverle a abrir. Caota le explicó que él era un pobre de Clarines y que tenía derecho al cielo por esa razón. San Pedro le explicó entonces que eso no era verdad, que el cielo no es para los pobres sino para las buenas acciones. Caota replicó que él era un pobre de buenas acciones. San Pedro le discutió que un pobre no necesariamente es un hombre de buenas acciones. Y en esa discusión vino hasta ellos el Niño Jesús y consiguió que San Pedro se dejara de la testarudez. El Niño Jesús le dio la mano a Caota y Caota entró adentro; ahí no había tierra ni

polvo ni charcos, lo que había eran nubes de todos los colores. Siempre en la compañía del Niño Jesús, Caota se puso a recorYer el cielo. Se tropezó con San Antonio y él lo sacó porque llevaba ún muchachito cargado. Se tropezó con San José y él lo sacó porque cargaba una rama de amapola blanca terciada. Se tropezó con Santa Clara y él la sacó porque llevaba una custodia en una mano y entonces Santa Clara se aprovechó de quejarse de que los clarineses no le pagaban las promesas. Se tropezó con el Nazareno, que estaba encharolando la cruz para que no se la picara el comején. Se tropezó con la Inmaculada, que estaba sentada peinándose la peluca que le dejó cuando se murió Amafia López la de Sabanauchire. El le preguntó por la salud de la culebra, porque no la tenía entre los pies, y la Inmaculada se la señaló con la mano, sobre una piedra, cogiendo sol. Una mujer sin a menos esa Inmaculada. Hasta la Virgen del Carmen estaba, pero sin los escapularios porque se los estaban lavando. El agua era como ver una cincona.

Justamente cuando Caota se estaba lavando las manos en esta abundancia de plata se le acercó Jesús Sepulcro que quería saber qué andaba haciendo Caota con el Niño Jesús y Caota le contestó que nada, que qué podía él / estarle haciendo. Jesús Sepulcro se arropó en su sábana con más flores de las que le ponen, se acomodó la corona de espinas que se le había salido y echó por delante al Niño Jesús y se lo llevó.

Caota siguió caminando solo y en esto ve una candela y en todo el centro de la candela estaban las ánimas solas sin un solo trapito encima y aquel calor no les hacía nada, ni las chamuscaba.

Vio también a San Juan con su pluma de guineo entre los dedos y hasta lo saludó. San Juan por nada agachaba el dedo, pero la ropa que cargaba era más mejor de la que le hacen en la Semana Santa en Clarines porque aquella no parece el arcoíris.

Andando y andando Caota tropezó con un conuco de puras rosas donde bailaban unas mujeres con unos camisones que le quedaban grandes y no las tapaban del todo. Arrancaban los botones y se los tiraban unas a otras. Aquellas

mujeres le gustaban y ellas como que le adivinaron el pensamiento porque se le fueron acercando y acercando hasta que él no pudo respirar con tanto olor de rosa y de trompillo como esas mujeres se echaban, y cuando él se dio cuenta una de esas mujeres, la más muchachita, que tenía los senos afuera, se le pegó tanto que él le oía sonar el corazón como si fuera la pandereta de Miguelina cuando llegaban las fiestas de reyes.

Aquello a Caota no le convenía porque mejor era no exponerse a un sermón de San Pedro, como ocurrió, que San Pedro lo descubrió y empezó a darle con las llaves por la cabeza, y era inútil que él tratara de explicarle que eran las oncemilvírgenes las que le estaban proponiendo vagamunderías a él, no él a las oncemilvírgenes.

Ahora que se recuerda, San Pedro no tiene silla en qué sentarse, se la pasa todo el día parado, y las avispas que hicieron el nido en la nariz de San Pedro no son las mataballo, porque las mataballo no son azulitas ni tienen el culo amarillo y las paticas carrubias, como las apariencias de la bandera nacional que ponen los domingos.

133

La de Evangelista el manco, que es una Párica de las catorce, no guardaba rial, ni poseía tierras ni semovientes

ni casas que alquilar. La de Evangelista el manco cuanto tenía era una cría de caballitos del diablo en el bajo de Caramiche y los alimentaba con nepe.

Apenas amanecía, la de Evangelista el manco llamaba los caballitos del diablo silbándoles el himno nacional y los mandaba a buscar miel por el monte.

Los días que la de Evangelista el manco no tenía miel para la venta eran aquellos en que la mujer había amanecido con la boca seca y sin saliva, por supuesto, no podía silbar el himno.

134

De las Párica, que eran catorce, una sola, la de Evangelista el manco, enviudó. Las trece restantes no se casaron porque no eran prodigiosas. Juana Párica, la más anciana de ellas, tenía un manantial de su propiedad y ese pozo le permitía vivir.

El pozo de Juana Párica se secó unos días después de que el corazón la mató, y la gente no hallaba a donde ir a buscar agua para sus necesidades.

135

En los montes de cancanapire es donde es bueno encontrarse con una mujer. El mentol o el alcanfor de que están saturados estos tallos y estas hojas neutraliza como cualquier otra pomada los dolores de conciencia, que la gente llama puntadas de cabeza, cuando la mujer es ajena o se resiste, o se hace la que se resiste.

136

El busto de Guzmán Blanco que Don Ricardo Alfonso utilizaba como pisa-
papel en su escritorio biblioteca alguien se lo llevó cuando él se murió y le
prendían velas confundiéndolo con San Pedro.

137

El pico e'plata de Felo tiene la edad de Felo y canta en la jaulita del corredor como si estuviera en libertad.

La madre es la única que le limpia la prisión, que le cambia el agua, que le repone el alpiste soplando antes con la boca las cáscaras de los granos vacíos.

Aquella mañana Caota se empeña en hacerlo él y la madre comete la debilidad de dejarlo.

Caota se lleva la jaulita hasta la guanábana y le abre la puerta para que se vaya.

El pico 'e plata vuela hasta una rama baja, ahí ensaya el vuelo que los alambres le coartaron en esos años de la edad de mi hermano y se lo traga el cielo.

Caota humildemente se disculpa ante la madre:

—Ese pajarito es más feliz suelto que encerrado.

La madre nunca dejó de oírlo entre los majomos más próximos.

La Ramonita de El Picuyúo, no la otra, la del pozo El Cielo, le puso como condición al comandante Virula para irse con él que primero acabara con su padrastro a quien todo el mundo se lo daba por el padre legítimo y verdadero. La Ramonita de El Picuyúo no creyó capaz de eso al comandante Virula. Por un capricho, el comandante Virula no la iba a dejar huérfana.

El comandante Virula salía y ahí mismo se encontró con el viejo Amaricua a caballo y desde el suelo lo sacó de la silla con el fusil. El comandante Virula tiene eso: le para el vuelo a un gavián por más que este se remonte.

La Ramonita pagó con sus favores y con su luto y los hijos del viejo Amaricua se le quejaron al comandante Larriva, el que nunca se quitó su cucaña azul de la cabeza. El comandante Larriva les replicó que él no respondía de los muertos que otros mataran, menos aún si eran muertos pendejos, o muertos muertos por pendejaditas.

Los Amaricua, que eran una tanda, desde entonces sabaneaban al comandante Virula y cuando por fin lo hallaron después de mucho buscarlo porque no lo conocían de vista, al comandante Virula le faltó pellejo para las heridas a machete que le hicieron y los tiros que le hicieron también.

El comandante Larriva se cobró con cinco Amaricuas.

139

El comandante Virula, antes que lo beneficiaran, se le escapó al comandante Uriepero degollando un burro, excavándole la parte de atrás y escondiéndose entre la asadura y la caglera del animal.

140

De debajo de una batea, donde las escondía de los cucaracheros en una totumita, Ña Ursula sacaba las conservas de flor de amapola para obsequiar a la niña Mercedes y a la niña Anita Vicenta cuando éstas iban a visitarla.

Ña Ursula es la única que tiene cocos en todo Sabanauchire, y Ña Ursula que vivía íngrima se daba cuenta í>erfecta de que no era por ella sino por sus cocos por o que la gente se llegaba hasta su quicio de la calle de los picaros. No era por Ña Ursula sino por los cocos. El día que Ña Ursula dejó de hacer conservas de amapola los cucaracheros no volvieron. El día que se secaron de viejas las matas de coco de Ña Ursula nadie se acordó de Ña Ursula y de sus cocos.

141

Por la calle de los pícaros no transitaba sino el que le debía a Don Ricardo Alfonso y no se atrevía a verle la cara. Por eso estaba siempre muy concurrida.

Cerca del único cacho de venado de la calle de los pícaros, en esa majada, sembraba ñame Ño Bonifa, no tanto por lo que le sacaba al rizoma tuberoso sino por adorno.

No tenía más que esas raíces y no las hollaba sino cuando no podía más con la hambre.

Viejo ya se lo llevaron para Cúpira y ahí no resistió nada. En los arenales de Machurucuto no se daba nada, ni ñame.

143

Juan Rojas, cansado ya de Bocaunare, estableció en El Olimpo su chivera. Juan Rojas los enseñó a nadar y cuando sentía venir la tropa bastaba con que los silbara para que los chivos se tiraran al río y lo pasaran. Allí, de ese lado de Angostura, permanecían hasta que no hubiera peligro.

Por lo manso que son los chivos de Juan Rojas todavía se dice en Clarines para aludir a los inconvenientes.

144

El oro, conforme. Las joyas, conforme. Total; treinta mil pesos. Entonces guardaron la lista después de firmada dentro de la caja de zinc y la sellaron con un cautín y en cada punto de lacre estamparon las huellas digitales de cada uno de los presentes.

Don Ricardo Alfonso respiró, porque ni Piquijuye ni Cuelloepana ni el tal Uriepero iban a tomar a Riochico y a abrir una cajafuerte como esa de los Blon. A ese hierro no lo traspasaba una bala ni a esa cerradura la iba a debilitar la punta de un machete ni de una lanza así fuera la de Gerónimo García.

Cuando a los veinte años de eso, ya la tumba de Don Ricardo con su panteón de cemento con la cruz y la palma bendita taraceadas del negro humo de tanta lluvia como había en Uchire, el tío Ricardo viajó a Caracas a retirar el depósito, el zinc no contenía sino aserrín y tejos de ladrillo.

145

La chivera de Idumea y la casa de Idumea quedan cerca del matadero donde los zamuros se pasean como si estuvieran en un entierro sobre los mondongos y las panzas hasta que a fuerza de picotazos logran agujerearlos para revolverles su contenido verde, acidulento y ostentoso. Idumea nos hace esperar en la salita, sentados en sillas de cuero donde a más de uno le quedan colgando los pies y se desaparece tras los tranqueros con una poncherita con agua jabonosa y un trapo.

Entonces nos va llamando uno por uno, mientras ella de pie ya en el corredor lleno de matas de tunara va percibiendo cada locha y guardándola en su ancha faltriquera festoneada. Uno a uno, sin carreras. Moneda tras moneda. Ninguno puede levantarse entretanto no lo llame.

Todos los sábados Idumea sabe que puede contar con once lochas. Una sola vez Idumea que llevaba contados nueve muchachos, recontó siete lochas, pero no fue sino un error de ella.

Esa sola chiva de Idumea, además de los once reales mensuales, le da casi litro y medio de leche diariamente.

146

No lo inscribieron en el registro civil por culpa de Arévalo Cedeño, que en esos días tomó a Clarines.

La partida de bautismo sí se encuentra y allí el Pbro. E. González Salazar asienta que en dieciséis de abril de mil novecientos veintidós bautizó solemnemente conforme al ritual romano a Julio Alfredo, que nació el seis de agosto del año pasado, hijo ilegítimo de Mercedes Alfonzo; sus padrinos Pedro Vicente Chacín y Luisa Delfina de Chacín. Doy fe.

Miguel Antonio, Obispo de Guayana, lo confirmó Alfredo Sixto el veinte de mayo de mil novecientos treinta y uno.

Monseñor Mejía desde el púlpito que nadie sabe cómo lo sostiene ataca al concubinato:

—Porque tú —atormenta como esos rayos que caen en Guaramaco, señalando a una persona de entre los escaños— debiste meditar antes de cometer incesto en los peligros de la ley de Dios. Tú, un cristiano incestuoso, tu hermana incestuosa y el hijo incestuoso no gozarán nunca del reino de Dios.

En cambio, su secretario, que también usa solideo, no se duerme sino entra un monaguillo de noche a su cuarto y le soba la cabeza, de la que previamente ha separado el solideo. Carece de tonsura.

Cuando, de cuarenta y cinco años el inexistente hijo civil de Clarines promovió un juicio por inserción de partida, el juez de la causa luego de examinar todas las pruebas testimoniales salió asignándole a Bergantín como el lugar de su nacimiento. Lo reclamó, pero entonces le arguyeron que había sido un olvido.

147

El turco Miguel Abraham no convivió nunca con una mujer y a su único hijo lo repudió recién nacido porque al voltearlo le descubrió el caruto. El caruto es la huella del indio y el turco Miguel Abraham se olvidó de que la mujer tenía todavía algo de caribe. No cobraba en billetes; prefería la plata, y la plata que cobraba la enterraba. En vano su madre trató de allegarse al fondo de este misterio.

Quebró y cayó en cama y ya próximo su fin, el turco Miguel Abraham, que nunca creyó en Dios, pedía a gritos un cura.

No lo había y entonces lamusia su madre se disfrazó con una sobrepelliz y se le acercó a su cama de moribundo. El turco Miguel Abraham no reveló en qué sitio del patio de granadas había enterrado la plata.

La casa que era toda de piedra empezó a caerse y lamusia prefirió venderla.

No la escrituró hasta que no agotó su curiosidad. Una espiritista de Píritu invocó por encargo de la lamusia al alma del turco Miguel Abraham pero sin decirle quién la mandaba. El alma invocada identificó la raíz de los granados como el sitio de los entierros. Esa misma noche la mujer regresó a la casa y se fue derecho a los granados. Las matas habían sido arrancadas y en su lugar no se veía sino unos agujeros llenos de agua. Lamusia maldijo el hijo y lo mandó a la quinta paila, pero la casa se sigue cayendo bajo los aguaceros constantes.

148

Ya fundado el ható en San Joaquín de Anzoátegui y en vísperas de irse a residenciar en Bolívar fue que el general de división José Pío Revollo le escribió a Don Ricardo Alfonso y Don Ricardo Alfonso se le negó, pero sin renunciar a la amistad. La lealtad vale más que el oro.

El general Pío Revollo dio el golpe el 29 de enero, depuso al presidente del Estado Guayana y se proclamó jefe civil y militar. En la escalera del comando cayó muerto el general Manuel Castrillo Cortés, inmediato superior de Revollo y comandante de armas de Guayana. La proclama de Pío Revollo la archiva Don Ricardo entre sus papeles.

A Pío Revollo lo degradan a las nueve de la mañana del 31 de marzo de 1880, en la explanada del cuartel de La Trinidad de Caracas. El consejo de guerra lo presidió el general Julio Félix Sarria. Joaquín Crespo es uno de los vocales.

Don Ricardo Alfonso anota en el borde de la carta de Pío Revollo el suceso de aquella muerte moral. Invoca, como lo hiciera el consejo, el Art. 10 del Código Militar.

No fue Pío Revollo quien disparara sobre Castrillo, sino la mano derecha de Pío Revollo y su jefe de estado mayor, Santiago Rodil. Pío Revollo también es inocente de la desaparición de las cajas de la aduana de cuarenta mil pesos. Pío

Revollo apenas sabe que se mandaron dos mil a Trinidad y que el resto se fue en raciones de tropa. Santiago Rodil fue el comisionado de Pío Revollo ante Don Ricardo Alfonso y a Don Ricardo Alfonso el sujeto no le inspiró mucha confianza. No lo quiso alojar en su casa ni le permitió siquiera saludar a sus hijas, por más que Rodil insistió.

—La milicia es la milicia y la familia es sagrada —eludió el abuelo.

El retrato de Pío Revollo que Don Ricardo Alfonso guardaba hasta su muerte lo representa de chiva rala y bigotito a todo lo largo del labio; aindiado, como anémico, la mirada famélica. Está tocado con una gorra a la francesa, con torchones de oro que simulan laureles. Asimismo es el cuello de la guerrera.

Al reverso de la postal está escrito: “Pío Revollo, federal. Ha peleado (borrado) acciones. Curarigüeño, analfabeta. Le hacía ver a Guzmán que era guzmancista siendo de él mismo. Le pagó con la muerte a Castrillo, que fue quien lo empleó en Guayana donde estaba sin hacer nada. Desposó en San Joaquín a (borrado) comadre mía desde Barcelona”.

150

El retrato del general Julio Félix Sarria colgaba de un clavo, en la habitación despacho. El marco era de plata, pero como se había quebrado el vidrio la traza había borrado los ojos y los contornos de la cabeza. Le quedaba el pelo, abundante, liso y con ondas, y los bigotes espesos.

Pidió que se lo metieran en la urna cuando se muriera; así lo dejó escrito.

Al reverso del cuadro, de su puño y letra se especificaba la carrera militar de aquel nombre por el que tanta preferencia tuvo Don Ricardo Alfonso. ¿Qué los ligaba sentimentalmente?

El general Julio Félix Sarria participó como jefe de fuerzas del gobierno en la campaña contra la revolución del general Miguel Antonio Rojas en Aragua en diciembre de 1867, pelea en Los Dos Caminos el 8 de agosto del 69 y cae preso. Está en el ataque y toma de Caracas el 27 de abril de 1870, en la campaña de Apure de 1871, en la cacería de Matiítas Salazar en marzo del 72 y éste lo bate en El Salto. Incorporado a la Revolución Reivindicadora en San Mateo el 24 de enero de 1879 lo nombran comandante de armas del Distrito Federal en mayo. Es Ministro interino de Guerra también el 79. Miembro del Consejo Federal en mayo de 1881. Ministro titular de guerra en marzo de 1890.

Don Ricardo Alfonso poseía entre los papeles del general Sarria la copia del nombramiento de Ministro interino. Es de fecha de 19 de diciembre de 1879, y lo suscribe Guzmán Blanco.

A veces Doña Lucía asociaba el rostro de su marido al del retrato de marco de plata. Además, ¿para qué quería Ricardo que lo enterraran con ese recuerdo del general Sarria? Ricardo Alfonso nunca fue un hombre de caprichos. Julio Félix. Julio Alfonso. Julio Alfredo. Hasta la madre.

151

Lanzó el trompo en la plaza de Clarines un viernes del concilio y el trompo de vera y heridas sin fin, cada una de un enemigo vencido, giró y giró hasta que se durmió y se fue enterrando en aquel agujero que cavaba su punta afilada de clavo hasta que desapareció ante los ojos de todos. Tangarita, que entonces estaba muchachito como él, fue testigo.

Treinta y seis años más tarde él le estaba negociando un ganado a Luis Manuel Álvarez en Guanape. Don Luis no le bajaba un centavo a los siete pesos por res y en ese desacuerdo estaban, él lo recordaba como si fuera hoy, Don Luis sentado en el banco de la plaza, de corbata que nunca se quitaba, y él apoyado en la pierna que tenía montada en el banco.

—Menos de siete pesos no le vendo.

—Y ¿el desgaste?

—De aquí a Clarines es cerquita y ningún animal se desgasta.

—Entonces la patente.

—Yo le quito la patente.

—Entonces el beneficio.

—No hay beneficio. Usted las va a colocar en pie, no en canal.

—Me merman.

—No le merman, ah vaina.

Se apercibe del ruido bajo su pie izquierdo y no puede evitar retroceder a aquella Semana Santa junto con Tangarita, que ahora es su pesador, y ya ha logrado una rebaja de diez pesos si el lote es de más de veinte cabezas, cuando ve que la tierra se mueve bajo el mismo banco, y que algo empieza a brotar como si fuera un huevo de mato.

—Mi trompo, carajo, entierrado como era natural, pero todavía finito.

Con la alegría, adiós negocio con Luis Manuel Álvarez. Esa noche se acabó el ron en Guanape, en Murgua, en Paraguayaco, en Uchire y hasta en Machurucuto; hasta esa playa llegó la fiesta.

El nombre se nos olvidó pero no su capacidad para los embustes a cambio de una cuarta de tabaco de mascar por todos los que podía contar desde las seis de la tarde hasta la hora de acostarnos, que era la hora del mochuelo, cuando el mochuelo rasgaba el cielo tras los murciélagos con su pico de tijera constante.

152

La niña del circo tiene encima una mallita de oro, le pintan los ojos de blanco y le rellenan el pecho con dos peloticas de goma. Baila y canta y no nos dejan participar del espectáculo porque todo lo que hacen esos cómicos es indecente. Sin embargo, ningún hombre deja de asistir, aunque tengan que cargar con la silla para sentarse. Bajo la lona sostenida por mecates de unas estacas, por entre las rendijas de luz, se les oye aplaudir, mientras no cesa la música del organillo. La niña del circo se pone unos camisones muy cortos y aunque no habla como nosotros no por eso nos rehúye cuando la dejan salir de aquella casa grande xle tela pintarrajeada con caras de payaso y estrellas amarillas. Prefiere a José Vicente Frías y esto le vale a José Vicente Frías todo el odio de la Manuel Ezequiel Bruzual, tanto es así que aún ido el circo y diluido en la gramática el recuerdo de la niña de las dos peloticas de goma que parecían de oro, a José Vicente Frías han tenido que mandarlo a continuar sus estudios en Río Chico porque todos nosotros no lo dejábamos prestar atención a la clase.

153

El general Guevara siempre anda de punta en blanco y hasta la banda de la espada es de un entorchado de sedalina blanca.

El general Guevara, que aún todavía no ha peleado en El Guapo, se pasea muy arrogante por el corredor y la sala de las Alfonzo, y así entra y sale de la habitación de Don Ricardo Alfonso.

Mercedes Alfonzo cree ofenderlo vistiéndose con un traje amarillo, poniéndose zapatillas y guantes del color amarillo, adornándose la cabeza con nomeolvides, que son flores amarilluzcas.

El general Guevara se arrisca como un pavorreal.

—¿Por qué me desprecia, niña Mercedes?

—¿Quién le dijo a usted que yo lo despreciaba?

—Esos colores son los del gobierno.

—La bandera del gobierno es amarilla, azul y roja, general.

—Manuel Lorenzo.

—General.

—No ve; la antipatía.

—Antipatía es la suya, general, todo el santo día de blanco como si estuviera de primera comunión.

—Le regalo la espada, pues.

—¿Y qué va a hacer una mujer con una espada?

—La guarda de recuerdo.

—¿Una espada de recuerdo? Una puede guardar unas flores, una tarjeta, una poesía, no una espada. Una espada es para un museo.

—Le regalo la escarapela, pues. Es lo más que se parece a una flor.

—Una flor de tela ño es ninguna flor de verdad. Además, general, no hay flores blancas como esa.

—Aquí en Uchire no, pero en Río Chico y en Caracas sí las hay.

—Pero no estamos ni en Río Chico ni en Caracas.

—Para mí como si lo estuviera.

—Pero eso es para usted, no para mí.

—¿Y cuál es la diferencia?

—En Río Chico lo que hay son negros y zancudos y en Caracas lo que hay es patiquines.

—Convengamos. No vamos a pelearnos ahora. Acepte la flor.

Se la desprende del sombrero de panamá y se la alarga a Merceditas Alfonzo. La muchacha de diecinueve años lo deja con la mano extendida.

—¿No la acepta? Bueno; aquí se la dejo.

Mamachía tiene que recogerla del suelo antes que la barran y va y la pone sobre la mesa. Merceditas Alfonzo la encuentra posteriormente y la arroja al patio. La escarapela se enreda en una rama de isora que aquí y en esta región llaman amor ardiente, y el sol empieza a desteñirla y el aguacero a desfigurarla. La recogería Merceditas Alfonzo ya deshecha cuando les llega la noticia de la derrota del general Guevara.

154

Vuelan entre el agua y entre aquella noche cerrada, hasta el napoleón de la plaza, sin dejar de estridir aquella como expiración de fuelle roto. Todos los perros erizan el lomo y aúllan.

Descienden a la calle. Los perros les hacen un círculo alrededor y aúllan y les ladran.

Los titirijís, que son dos machos y dos hembras, empiezan su acompasado y lento camino por sobre los empedrados. Ya no hay un solo perro que duerma bajo sus fogones o bajo los aleros donde no los alcance el agua y el miedo.

Frente a la ventana del cuarto al lado de la esquina, los titirijís parecen anunciar el inminente fin del mundo.

Se hacen luces. La madre recurre a San Marcos de León que amansa la draga y el dragón. Los titirijís, que no le tienen miedo ni a los perros ni al agua ni a las luces ni a los santos del cielo, prosiguen su espectral y diabólico recorrido por aquel pueblo donde parecen convocarse ánimas, espíritus y apariciones de toaos los muertos de esta y sus anteriores generaciones.

155

Sabanauchire, al que erigieron en una meseta rodeada de farallones que son puros bambúales, en el verano lo cerca la candela y el bambú se revienta como un cohetón.

El pueblo se trepa a los techos con canarines de agua, con camisas de agua, con el temor al fuego al que sólo se le compara con las furias de Moquina.

Con la agua traída con antelación de Manarito y que nadie toca con otro fin mojan la paja, la juajua, la vigueta, la escándula. Humedecen trapos y con ellos arropan aquello que es cuanto poseen. La campana repica hasta que el brazo se cansa y el que no le reza a San Juan Capistrano de Purgüey, que ya fue víctima de otra conflagración y no ha habido pintor que le restañe las cicatrices, se turna en el trabajo de guardia sobre los techos.

El incendio le pone un cordón denestrepitosa llamarada al Sabanauchire de los Arveláiz y los de Armas que huyeron de los llanos de Zaraza y de El Chapparro, de Santa María de Ipire y Las Mercedes de los llanos cuando los federales de Ezequiel Zamora no hacían sino construir osarios.

Los peones de Don Ricardo Alfonso tampoco duermen aunque es poco probable que ardan también las dos casas de tejas. Tampoco duermen Lucíta

Rojas, Ricardo, Julio, María Teresa, Anita Vicenta, Mercedes, Tura, Luis Velásquez y María Tarache.

Lloran porque el humo los hace llorar.

156

La vinieron a enterrar al pueblo porque era la ley de los comisarios y los jefeciviles. En una hamaca la traían, con la cabellera y los pies entre la lluvia.

En la jefatura, el general Clemente Soto al que le decían mano que aprieta, se opuso a autorizar el entierro si antes no cumplían con las rentas.

Entonces escondieron la muerta entre el mastrantal y esperaron que llegara la noche.

Lobregueció y recogieron la carga, pero el general Clemente Soto les había puesto un candado a las dos hojas de la puerta del cementerio. Tuvieron que abrirle el hoyo bajo los alambres, y como no disponían de mucho tiempo el hueco no alcanzó para todo el cuerpo. Por eso fue que la sacaron los perros y peleándose a dentelladas la fueron arrastrando por toda la calle que esa noche y el siguiente día no tuvo ni una sola puerta abierta.

Lourdes, la única hembra que la Santísima Concepción le concedió finalmente a la madre después de tanto suplicárselo, colecciona en dos distintas cajas cacaítos y misos. Los periquitos los compra con la merienda. Los gatos los recoge de los basureros donde los botan recién nacidos. En la casa andan detrás de ella; los cacaítos en fila, los gatos en fila también a la zaga de los cacaítos.

Lourdes cree que los cacaítos proceden de los arcoíris, que en los días de invierno levantan ese como ámbito j multicolor entre las nubes aborascadas. Lourdes no sabe j o no quiere saberlo que los arcoirís no son sino el humo que eructa la portentosa culebra que se oculta en la serranía que separa el altollano del mar y sobre la cual difieren Máximo Cumache y Tomás Tachinamo. Esa i bestia que no tiene fin no deja de atisbar con sus lagañas de azulillo y de almagre el destino de cuanto alienta en todo Uñiare, los caicaitos, los gatos que desteta cierta

maldad, la madre y los hermanos de Lourdes, ella misma, los pobladores de este distrito capital y toda su jurisdicción municipal, el urape, el guatacaro, la escorsoñera sin la cual la mujer no se normalizaría; los pájaros, la siembra que tiene que estar dada en agosto; todo cuanto nos pertenece y no nos pertenece; la medianoche para que Talmúnida se queje, la lluvia, los relámpagos del bajo

de Caramiche, la abundancia o la escasez, Tura, Mamachía, Natalia o Roncho; el origen y el acabamiento de todas las cosas.

158

La patria no es un pedazo de suelo bajo un pedazo de cielo como insiste el Padre Carlos Borges hasta el fastidio, echándose las de cucarachón ante Mercedes Alfonso en una ventana de Caracas, en San José, durante uno de sus desvaríos. La patria es también Tura, la hermana de la madre; la otra madre.

Tura le pasa la llave a lo contrario a su baúl y lo abre y allí cabe el amor. Lo abre y se esparce el olor de los extractos, de los pitiminís que yo le regalé, el papagayo de una hoja de cuaderno con una letra de Tomás Ignacio Potentini que yo aprendí en la escuela, la tarjeta de la primera comunión, un retratito que me hizo Carlos Pinto en la plaza de Sabanauchire, de pierna cruzada; un pañuelito bordado de los de ella con que me suturó una herida de la mandarina, la hebilla del collar de Rocío que se lo mató la sarna, la caléndula de la casa de la madre ella sabe, la postal del abuelo, de la abuela, de Don Tito; ninguna coquetería. Porque todo aquel contenido tiene un aliento, un olor ya de tiempo y bienandanzas pasadas: ya no es sólo el perfume de los frascos ni el de las rosas.

La patria es el amor de Tura, la única Alfonso que se quedó soltera.

Cuentan que tuvo en su faz lo que salva y lo que aterra rayo de muerte en la guerra y arcoíris en la paz.

¿Qué sigue? Se me olvidó. Tal cosa de arcoíris en la paz, no; ya lo dijiste. Los azulejos comieron y mamá duerme. Ahora los ángeles van a decir amén. Ya tú los vas a oír decir amén, Sixtico.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-108-4

DEPÓSITO LEGAL

DC2022001100

CARACAS, VENEZUELA, JULIO DE 2022

La presente edición de
EL OSARIO DE DIOS
se realizó
durante el mes
de julio de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



El Osario de Dios Los 158 relatos que componen este libro son la expresión definitiva de una poética de la brevedad. Escritos que convergen, que vuelven a ser revisitados por el lector; personajes y acciones que parecen complementarse, a pesar de su aparente autonomía. Entre el habla coloquial, la magia, el humor y el lirismo hay una resonancia —quizás anecdótica— que recuerda un poco la monotonía de los caseríos. No es casual que Clarines (población del estado Anzoátegui) sea el centro de algunas de las narraciones de este libro, pero entre tanta uniformidad sobresalen la historia y la geografía, la oralidad y la circularidad de las guerras como tema dominante. Es acá donde se despliega lo maravilloso y donde se refunda la ficción como el fuego necesario que revitaliza la realidad. Hay una persistencia en rescatar a seres desplazados, trashumantes, y a criaturas muy cercanas al mito, con un profundo arraigo desde lo popular.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

